

Erri De Luca

Los peces no cierran los ojos



Lectulandia

Un hombre de sesenta años recuerda el último verano de la infancia en una isla cerca de su Nápoles natal, cuando acababa de cumplir los diez, esa edad en la que la inquietud y el deseo de crecer son muy fuertes, pero topan con el cascarón de un cuerpo todavía infantil. Lejos de la escuela y en compañía de un pescador parco en palabras, el chico va tomando las medidas del mundo que lo rodea, a la vez que aprende el arte de vivir de la mano de los libros de su padre. No obstante, hay una palabra en concreto que se le resiste y le causa rechazo cada vez que la encuentra escrita: «el verbo amar».

Mientras lee y hace crucigramas en la playa, una chica del norte que devora novelas policíacas, como hacía su abuela, le llama la atención. Los dos traban pronto amistad y pasan las horas de calor comiendo helados, debatiendo sobre el mundo de los adultos y las pasiones en el reino animal. Su relación despierta la envidia de una pandilla de muchachos algo mayores a quienes se atreve a desafiar, con consecuencias que no serán las esperadas... Pero en contrapartida, su derrota servirá al muchacho para descubrir que las heridas se curan mejor al calor de las historias familiares que le cuenta su madre y al contacto de la mano amiga de una chica, la misma a la que, aun sin comprendelas del todo, dedicará sus primeras palabras de amor.

Lectulandia

Erri De Luca

Los peces no cierran los ojos

ePUB r1.2
lezer 26.09.13

Título original: *I pesci non chiudono gli occhi*
Erri De Luca, 2011
Traducción: Carlos Gumpert Melgosa
Fotografía de portada: Sergio Larrain. Magnum Photos

Editor digital: lezer
Corrección de erratas: leyendoaver
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

¿De qué sirve besar tu polvo?
Yo soy tu polvo.

ITZIK MANGER

—Te lo voy a decir una vez y ya es demasiado: enjuágate las manos en mar antes de poner el cebo en el anzuelo. El pez nota el olor, rehuye el bocado que viene de tierra. Haz exactamente lo que veas hacer, sin esperar a que nadie te lo diga. En el mar no es como en el colegio, no hay profesores que valgan. Está el mar y estás tú. Y el mar no enseña nada, el mar hace, y a su manera.

Escribo en italiano sus frases y todas juntas. Cuando las decía eran escollos separados con muchas olas entre medias. Las escribo en italiano; sin su voz pronunciándolas en dialecto suenan apagadas.

Empezaba a menudo con una «y». En el colegio nos enseñan que no se empieza un período con una conjunción. Para él, la frase era la continuación de otra que había dicho una hora, un día antes. Hablaba poco, con anchos espacios de silencio, mientras despachaba las tareas de una barca de pesca. Para él se trataba de un único razonamiento, que de vez en cuando se desprendía de su boca con la «y», letra que al escribirla dibuja un nudo. Aprendí de su voz a empezar muchas frases con una conjunción.

Veía algo bueno en mi, niño de ciudad que en verano acababa en la isla. Bajaba a la playa de los pescadores, me pasaba las tardes mirando el ajeteo de las barcas. Con permiso de mamá, podía montar en una de las más largas, con remos gruesos como árboles jóvenes. A bordo no hacía casi nada, el pescador se dejaba ayudar en algunas maniobras y me había enseñado a mover los remos, el doble de grandes que yo, permaneciendo de pie y empujándolos con mi peso con los brazos extendidos y en cruz. Muy despacio, la barca se desplazaba e iba moviéndose. Aquel resultado me hacía mayor. El pescador necesitaba en ciertos momentos mis pequeñas fuerzas en los remos. No dejaba que me acercara a los anzuelos, a los sedales largos con el plomo de profundidad. Eran instrumentos de trabajo y no estaban bien en manos de un niño. En tierra firme, en Nápoles, en cambio, sí que estaban, y de qué manera, los instrumentos y las horas de trabajo en los niños.

Me dejaba echar el ancla. Yo había llegado a los diez años, una maraña de infancia enmudecida. Diez años era una meta solemne, por primera vez se escribía la

edad con doble cifra. La infancia acaba oficialmente cuando se añade el primer cero a los años. Acaba, pero no ocurre nada, uno se queda dentro del mismo cuerpo de crío atascado de los demás veranos, revuelto por dentro e inmóvil por fuera. Tenía diez años. Para decir la edad, el verbo tener es el más preciso. Estaba en un cuerpo encapullado y sólo la cabeza intentaba forzarlo.

Tras terminar la escuela primaria con un año de adelanto, en aquel verano ya había salido del primer curso de la escuela media. Por fin se admitía el bolígrafo, se libraba uno del babi negro, ya nada de tintero, plumilla ni papel secante, llamado *carta zuca* en dialecto, papel chupón.

Me notaba la cabeza cambiada y creía que a peor. A la edad en la que los niños dejan de llorar, yo, por el contrario, empezaba. La infancia había sido una guerra, a mi alrededor morían más los niños que los viejos. Nada en su época era un juguete, por más que se la jugaran tenazmente. Yo me había librado, pero debía merecerme el tiempo.

Permanecía encerrado en la infancia, cual seca ama de cría tenía el cuartito donde dormía bajo los castillos de libros de mi padre. Se alzaban desde el suelo hasta el techo, eran torres, caballos y alfiles de un tablero colocado en vertical. Por la noche, entraba en los sueños el polvillo del papel. En la infancia a los pies de los libros, los ojos no conocían las lágrimas. Jugaba a ser soldadito, el día era el turno de ir y venir en el escaso espacio de la garita.

A la llegada, a los diez años, del cambio, el baluarte de los libros no bastó ya para aislarme. Desde la ciudad llegaron a la vez los gritos, las miserias, las ferocidades a asaltar los oídos. No es que no estuvieran antes, pero mantenidos a distancia. A los diez se conectó el nervio entre el dolor de fuera y mis fibras. Lloraba y me avergonzaba, más que si me meara en la cama. Una canción, el trino de un canario cegado para extraer de su garganta más límpida la nota del reclamo, un abuso en el callejón: me subían estremecimientos de lágrimas y de cólera, presionaban hasta el vómito. Un viejo que se sonaba la nariz, con la ropa ceñida mientras miraba de reojo hacia lo alto en busca de un resquicio de luz, un perro con el rabo entre las patas perseguido por la piedra de un niño: una disentería de los ojos me hacía correr hacia el retrete.

Hasta el grito sofocado del vendedor de ajos me sacudía el pecho. Le salía a duras penas bajo el resto de las voces. ¿Cómo era posible?, ¿es que no hacía gracia el reclamo con el que invitaba a consumirlos: «*Accussì nun facite 'e vierm'*», así no os saldrán gusanos? No, en su voz se convertía en un recurso desesperado. Lloraba con la toalla en la boca. El remedio para parar era mirarme al espejo: mi cara desencajada

por las muecas me disgustaba hasta el extremo de detenerme. Si me ocurría en el colegio, tenía que fingir un dolor de estómago y pedir permiso para ir al retrete. Allí no podía quedarme mucho, ocurrían cosas misteriosas, las puertas no se cerraban bien y podía entrar un adulto de repente.

A los diez años empecé a cantar en voz baja. El bombo de la ciudad era suficiente para cubrirme, pero debía ocultar el movimiento de los labios. Me ponía la mano, los dedos tocando los pómulos, la palma como telón. Todavía hoy sigue gustándome cantar así, mientras conduzco. Por un efecto acústico que desconozco, sube a los oídos un sonido intenso y nítido. En el colegio lo hacía durante las explicaciones o con las ventanas abiertas, cuando entraba el bullicio de la ciudad abarrotada. A muchos les disgusta el alboroto de los motores; yo, en cambio, lo prefiero al de las voces. Subían en pirámides de chillidos por necesidad de lanzarse fuera de la garganta, más que para dirigirse a alguien. Las voces de la ciudad abarrotada querían anularse, cada una pretendía suprimir a las demás. Yo prefería los motores, las sonerías, las campanas, el gas sonoro que desprenden de por sí las concentraciones. Con la mano en la boca entonaba el canto para mis oídos.

Lloraba, cantaba, gestos clandestinos. A través de los libros de mi padre aprendía a conocer a los adultos por dentro. No eran los gigantes que pretendían creerse. Eran niños deformados por un cuerpo voluminoso. Eran vulnerables, criminales, patéticos y previsibles. Podía anticipar sus gestos; a los diez años era un mecánico del artefacto adulto. Sabía desmontarlo y volver a montarlo.

Más lamentaba la distancia entre sus frases y las cosas. Decían, aunque fuera sólo a sí mismos, palabras que no mantenían. Mantener: a los diez años era mi verbo preferido. Entrañaba la promesa de tener de la mano, mantener. Lo echaba de menos. A papá, en la ciudad, le molestaba cogerme de la mano, en la calle no quería, si yo lo intentaba se zafaba metiéndosela en el bolsillo. Era un rechazo que me enseñaba a estar en mi sitio. Lo entendía porque leía sus libros y sabía los nervios y los pensamientos que estaban a espaldas de los gestos.

Conocía a los adultos, excepto un verbo que ellos exageraban en agigantar: amar. Me fastidiaba su uso. En aquel primer curso, el estudio de la gramática latina lo empleaba como ejemplo de la primera conjugación, con el infinitivo en -are. Recitábamos tiempos y modos del amar latino. Era una golosina obligatoria para mí, indiferente a las pastelerías. Lo que más me irritaba era el imperativo: ama.

En el ápice del verbo los adultos se casaban, o bien se mataban. Era responsabilidad

del verbo amar el matrimonio de mis padres. Junto a mi hermana, éramos un efecto, una de las extravagantes consecuencias de la conjugación. A causa de aquel verbo se peleaban, permanecían callados en la mesa, se oía el ruido del masticar.

En los libros había un tráfico denso alrededor del verbo amar. Como lector, lo consideraba un ingrediente de las historias, que encajaba tan bien como un viaje, un delito, una isla, una fiera. Los adultos exageraban con aquella antigüedad monumental, tomada tal cual del latín. El odio sí, eso lo entendía, era un contagio de nervios tensados hasta el punto de ruptura. La ciudad se tragaba el odio, se lo intercambiaba con los buenos días de griterío y de cuchillos, se lo jugaba a la lotería. No era el de ahora, azuzado contra los peregrinos del sur, meridionales, gitanos, africanos. Era odio de mortificaciones, de pisoteados en casa y apestados en el extranjero. Aquel odio añadía vinagre a las lágrimas.

A mi alrededor no veía y no conocía ese verbo amar. Acababa de leerme el *Quijote* entero y lo había confirmado. Dulcinea era leche cuajada en el cerebro del caballero heroico. No era dama y se llamaba Aldonza. Supe después que para los lectores era un libro divertido. Yo me lo tomaba al pie de la letra y me hacían llorar de rabia las palizas que tenía que recibir en cada capítulo.

Sus cincuenta años intrépidos y resacos eran para mí, en aquel tiempo, la edad de cornisa para quien roza el abismo como sonámbulo. Temía por Quijote de un capítulo a otro. Precisamente mi malicia de lector me serenaba: al libro le quedaban páginas por delante a centenares, no podía morir en las primeras. Me provocaba lágrimas de rabia ese escritor que abollaba a golpes a su criatura. Y tras los bastonazos, las derrotas, a mayor penitencia le abría los ojos, la abertura de un momento, para dejarle ver la realidad tan miserable como era. Y, por el contrario, era él quien tenía razón, Quijote, según mis diez años: nada era lo que parecía. La evidencia era un error, por todas partes había un doble fondo y una sombra.

En primero podía usarse bolígrafo. «Eshsh-cribid»: a la orden del maestro se empuñaba la plumilla y se sumergía. Si el ángulo de la punta sobre el papel era ancho, la gota de tinta se precipitaba sobre la hoja. Si el ángulo era estrecho, no corría y se rascaba en vano. El índice y el medio se impregnaban del pringue de aquel azul. Como instrumental, la hoja de papel secante: los escolares pobres no podían adquirirla, de modo que secaban con el aliento, pero soplando en la justa medida, en régimen de brisa, para no esparcir la tinta. Bajo el aliento ponderado, las letras temblaban relucientes, como lo hacen las lágrimas y las brasas.

En el instituto de enseñanza media no había sección femenina, era de sexo único. Al terminar las clases, los chicos corrían a la salida del instituto femenino. A ratos perdidos los seguía, me pillaba de camino para volver a casa. Allí delante, el sonido de las voces alcanzaba la histeria. Llamadas, chillidos, carcajadas, empujones, una multitud de hombrecillos se enfilaba en la contraria y obtenía los primeros contactos de restregaduras con los cuerpos del misterioso sexo opuesto. Eran dos barajas de cartas nuevas, intersecadas, densas y fragorosas. Masculino y femenino exasperaban sus diferencias para gustarse.

Yo me quedaba apoyado contra el muro, en la acera, mirando cómo los cuerpos se desembrollaban. Habíamos nacido después de la guerra, éramos la espuma que queda después de la marejada.

El aire se recargaba de brillantina y regaliz. Yo observaba el cuarto de hora de la salida sin entenderlo. No aparecía aún en ningún libro aquella generación. ¿Por qué se sentían tan atraídos por un apelonamiento de tanque de anguilas? Me entraba el desaliento por ellos y por mí. No llegaríamos a encontrarnos nunca. Ni siquiera en la isla durante el verano: ellos todas las tardes en los bares, donde se pagaba la música introduciendo una moneda en la *jukebox*, yo nadando o en la playa de los pescadores viendo el arrastre de las redes a tierra.

La cuerda era tan gruesa como un bastón, empapada de agua, arrastrada hasta la orilla por doce brazos. Ganaban cada metro centímetro a centímetro, a las órdenes de un jefe que ponía ritmo musical al remolque. A su alrededor asistía gente de mar y yo, que procuraba mezclarme sin demostrar que era forastero. Pero incluso con los descoloridos pantalones azules, la camiseta blanca y los pies descalzos llevaba conmigo hedor de ciudad.

A la llegada del copo se derramaba en la arena guijarreña el blanco reluciente de la pesca, resplandecía de vida cara al sol que más tarde se pondría por detrás de las terrazas de los viñedos.

La pesca con red es la única que no se enrojece de sangre. Las mujeres con las cestas bajas hacían rápidamente la criba y el reparto. Otras tardes iba al muelle con el sedal y un par de gusanos que había buscado en la arena por la mañana. Me quedaba allí sentado a la espera de alguna sacudida, hacia las ocho volvía y así acababa el día de verano. Aquella temporada de mis diez años recibí el primer permiso para salir también después de cenar. En la isla había dejado de llorar y de cantar.

Mi hermana, dos años menor, era una catapulta de instintos. Expandía a su alrededor

sus humores del momento, sin freno. Al despertarse era una furia desatada contra el mundo que la molestaba con el colegio y todo lo demás. Después se ajetreaba en cualquier juego, con preferencia por los de pelota. Quería que jugáramos con una pelotita, en el estrecho espacio entre las habitaciones, a un fútbol endiablado: empujones, pellizcos, chillidos, puntapiés, y sus victorias, culmen del jolgorio. Más tarde aprendería el ping-pong, el tenis, el voleibol. Tenía el talento de buscar los ángulos, sus tiros partían desde un instinto de geometría, efectuada con estilo, que es una levedad en el esfuerzo.

A diferencia de mí, tan hogareño, le atraía lo que sucedía fuera, pasaba mucho tiempo en el balcón. En el colegio era la compañía más buscada, a la que invitaban a comer y a pasar la tarde el resto de los escolares. Y hasta a dormir. Aquel verano había sido invitada a varias casas. Se sabía de memoria páginas de *Lo que el viento se llevó*, sabía discutir y, si gritaba, el callejón enmudecía. «*Signo' l' avita fa' canta', accussi sfoga*»,^[1] le decían a mi madre las mujeres del edificio. Era tan estrepitosamente distinta de temperamento que hacía creer que uno de nosotros dos había sido intercambiado en la cuna, probablemente yo. Le apasionaba el circo; cuando en invierno acampaba la carpa en Fuorigrotta era obligatorio que fuéramos los cuatro, no admitía ella defecciones. Y se lo pasaba en grande entre aplausos, gritos, y al final el clown la sacaba de su asiento y se la llevaba a la pista a hombros a dar una galopada en corro. Allí subida tocaba la cima de su merecida gloria.

De mayor recorrerá el mundo con un circo, pensaba yo de ella, pero en cambio se quedó en Nápoles. Y tal vez con toda la razón, fuera de allí no existe circo más enorme en el mundo.

Aquel primer curso de la escuela media me habían quedado las matemáticas para octubre. Descubrí la evidencia de mi inferioridad. No seguía los pasos de una operación a otra. Sin saber preguntar, me quedaba atrás. Veía a los demás correr con los números y a mí quieto en la línea de salida. El descubrimiento de la inferioridad sirve para decidir sobre uno mismo. La acepté sin humillación, todo consistía en admitirla. Había vastos campos del saber que no llegaría siquiera a rozar. En octubre superé el examen, no la lección de mi incapacidad. Ninguna habilidad en nada ha podido corregir la noción de escasez que tengo de mí mismo.

Me daba clases particulares en la mesa de un bar un joven maestro de la isla. Calvo, con un emparado de pelo de una sien a la otra, la vocecita le salía de la nariz más que de la boca. Se guaseaba de mis dificultades y me sentó bien su variante de la mortificación:

—Tú, un chavalín como Dios manda, ¿cómo es que eres tan tontaina en matemáticas?

Me arrimo a través de la escritura a mi yo de hace cincuenta años, para un jubileo privado mío. La edad de diez no me ha atraído para escribir, hasta ahora. No tiene la multitud interior de la infancia ni el descubrimiento físico del cuerpo adolescente. A los diez se está dentro de un envoltorio que contiene toda forma futura. Se mira hacia fuera como presuntos adultos, pero encajonados en una talla mínima de zapatos. Prosigue la definición de niño, debida a la voz y a los juguetes en desuso aunque conservados aún.

Seguía leyendo algunos tebeos, pero más los libros que me llenaban el cráneo y me ensanchaban la frente. Leerlos se parecía a adentrarse en el mar con la barca, la nariz era la proa, las líneas, olas. Iba despacio, a golpes de remo, ciertas palabras que no entendía las dejaba correr, sin rebuscar en el diccionario. En espera de entenderlas, quedaban aproximativas. Tenía que entenderlas por mi cuenta, definírmelas a través de otras ocasiones, a fuerza de toparme con ellas.

Cincuenta años después me arrimo a esa edad de archivo de mis formatos sucesivos. Lejos de allí he consumido la grasa de ese yo mismo, borrando variantes. En aquel cuerpo sumario estaba la conmoción y la cólera de los años revolucionarios, en el latín estaba el adiestramiento para las lenguas sucesivas, en el cráter del volcán estaban las montañas que subiría a cuatro patas. En los escombros reposados de la guerra estaba la de Bosnia que yo atravesaría y las bombas italianas sobre Belgrado del último año del 1900, que yo recibiría asomado a la ventana de un hotel con vistas al Danubio y al Sava.

Destino, según su definición, es una trayectoria prescrita. Para la lengua española es también, más sencillamente, llegada. Para alguien nacido en Nápoles, el destino está a sus espaldas, es provenir de allí. Nacer y crecer en esa ciudad agota el destino: vaya uno donde vaya, ya lo ha recibido como dote, mitad lastre, mitad salvoconducto. En los relatos de mamá, de la abuela, de la tía, estaban los grandes almacenes de historias. Sus voces han formado mi sintaxis, mis frases escritas no son más largas que el aliento que se precisa para pronunciarlas.

En la playa, aquel verano, me afanaba en los esquemas de los crucigramas, de los jeroglíficos, de los anagramas y de las criptografías. Si no los resolvía, no miraba las respuestas publicadas en el número siguiente. Dejaba el vacío a mis espaldas y proseguía. Hoy creo que las revistas de pasatiempos son una buena escuela de escritura, adiestran en la exactitud del vocablo, que debe corresponder a la definición requerida. Excluye los afines, y la exclusión es gran parte del vocabulario de quien escribe historias. Los pasatiempos me han proporcionado las dotes malabaristas necesarias para las palabras. Lo que entonces creía un vicio solitario fue en cambio el taller mecánico de la lengua.

No pedía ayuda a los adultos, información acerca de un nombre, de un hecho desconocido. Ocurría, en cambio, que me preguntaran a mí. Era un asunto delicado. Si tenía la solución, debía estar atento a cómo presentarla. No podía decirla así sin más, era pedantería. «Lo tengo en la punta de la lengua. Estoy seguro de que empieza con...» Si no se les ocurría, al cabo de un rato, fingiendo que había estado pensando sólo en eso, decía la palabra. Había aprendido sobre los adultos en los libros, sabía cómo había que tratarlos. Con mis coetáneos, en cambio, no sabía, más allá de los turnos obligados del colegio no compartía una distracción.

En la sombrilla de al lado, una chica del norte se pasaba todo el tiempo leyendo libritos policíacos, los mismos que mi abuela devoraba en un día. Me pasmaba que alguien pudiera leerse un libro entero en un día. Por las líneas paso lento incluso ahora, voy andando respecto a quien lee a velocidad de bicicleta. La chica leía así, rápida, y por nada a su alrededor distraída. Su madre la interrumpía invitándola a un chapuzón, a refrescarse. Dejaba sobre la toalla el libro abierto y obedecía a su invitación, sin hastío, sin entusiasmo tampoco. Y no hacía muecas afectadas al contacto con el agua, entraba en ella ligera, como en otra habitación. Nadaba a espaldas y a braza, diez minutos y vuelta atrás. Se estrujaba sobre la arena sus mechones castaños, se secaba y se tumbaba a leer.

Yo la miraba por curiosidad. También ella, al pasar la página, miraba rápidamente hacia donde yo estaba, seria, con un punto de interrogación sobre las cejas. No se me ocurría ni de lejos la idea de una atracción. Ningún efecto provocaba en mi cuerpo el suyo tumbado leyendo. El mío permanecía cerrado, ni siquiera sabía explicarme por qué en la ciudad lloraba y en la playa no. Debía de ser la sal, que se me quedaba pegada durante la temporada, sirviéndome de escudo.

La chica no se parecía a las que salían entre el gentío mixto del colegio. Creaba a su alrededor el efecto contrario, de silencio. Pasaba una lancha motora de madera reluciente, con una estela blanca detrás de la hélice, dejándose admirar. Ella no se daba la vuelta. Pasaba el transbordador de las once y descargaba oleadas divertidas para quien sabía afrontarlas. Las madres se alineaban como centinelas, alguna llamaba a un hijo fuera del metro de vigilancia, ella nada, indiferencia universal. Me congratulaba con su desdén altanero, tan meridional, que sin duda no era consciente de poseer.

Me daba cuenta de la novedad: estaba prestando atención a una persona de mis años. Jamás me permitiría la iniciativa, «¿Qué estás leyendo?». Lo sabía ya.

Después del transbordador de las once, mamá me daba veinte liras para tomar un polo en el bar. Iba a degustarlo bajo las estacas que sostenían la terraza. Mientras lo compraba, se acercó ella también y pidió lo mismo. Mientras desenvolvíamos los polos, dijo:

—Leo libros policíacos.

Como si fuera la cosa más habitual, contesté en voz baja:

—Ya lo sé, le llevo los mismos a mi abuela cada domingo. Se los lee el lunes y espera durante el resto de los seis días.

—Vamos a sentarnos —dijo, y yo abrí camino, no hasta las estacas, me detuve en los escalones de madera.

—¿A qué curso vas? —pregunté.

—No malgastemos el tiempo con estupideces. ¿Tú por qué eres así?

Tratando de adivinar, contesté:

—Me gusta todo lo que está escrito, periódicos, listines. Me sé de memoria la lista de las raciones y los precios del bar. Leo de todo.

—Yo también, pero eso no explica por qué no estás con ellos. —Y miró hacia un grupillo que jugaba a la pelota en la arena.

—No sé estar con ellos, no me gustan sus juegos. Por las tardes voy a nadar o a la playa de los pescadores a ver el arrastre de las redes. Conozco a un hombre que a veces me lleva a pescar en su barca. Sé remar un poco.

—Yo soy escritora.

Me asombré, aspiré por la nariz, de cerca capté mejor el unguento de almendras que usaba como protector. Entre nosotros era costumbre quemarse y tras las ampollas, que pinchábamos con una aguja, crecía la piel del verano, una segunda, gruesa y oscura. Ella se untaba la piel con un tubito francés que decía: BAÑOS DE SOL . No era una definición apropiada. En los crucigramas nunca la hubieran usado. El baño podía ser bajo el sol, no de sol. Por el contrario, podría tratarse de baño de crema. La publicidad, ya lo sabía, prefiere la sugestión a la exactitud. Era un olor adecuado en ella.

—Caramba, escritora, entonces sabrás cómo están hechos los mayores, lo que hacen. Yo también lo sé, pero no he escrito nada, no quiero que se den cuenta de que los han descubierto.

—No sé nada de los mayores, no me interesan, yo escribo historias de animales. Estudio su comportamiento: con el cuerpo se intercambian largos discursos que en nosotros duran una hora y que ni siquiera comprendemos. Intento hacer lo mismo que ellos, no malgastar el tiempo.

Venía hacia nosotros su madre; por reacción de niño bien educado me puse de pie y dije:

—Buenos días, señora, me llamo...

La mujer, con una sonrisa forzada, pasó por delante de nosotros subiendo las escaleras.

—Has hecho un gesto de cachorro de lobo —dijo ella.

—¿No he malgastado el tiempo?

—Los animales se saludan mucho. Y ahora te saludo yo.

Se levantó y siguió a su madre. Me volví hacia la mano que sostenía el polo. Ya derretido, aferraba un palito vacío.

Papá estaba en Estados Unidos. Cuarto hijo de una americana que vino a Italia a principios del 1900, había heredado de ella el reclamo de aquellas tierras. Se casó con un napolitano, un abuelo desconocido que aparece muy serio en algunas fotografías, y en ninguna sonríe. Papá había deseado América desde que era niño. En Navidad llegaba un baúl de Nueva York con los regalos que mandaba la abuela, a la que nunca vería. Duraban un año entero aquellos regalos. América era aquel baúl y el idioma de su madre. A la edad en la que hubiera podido ir, estalló la guerra fascista contra Estados Unidos.

Para no tener que luchar contra su sangre, se alistó, él, napolitano, en el cuerpo de los cazadores de montaña, y fue enviado a Albania. La llegada de los americanos a Nápoles le supuso una gran decepción. Los que mandaban eran los italoamericanos, Charles Poletti y los demás, eran Little Italy, no América. Al oírles decir «paisa», le entraban escalofríos. Sus estanterías estaban cargadas de literatura de allí. Yo también la leía, me gustaba, no se andaba con chiquitas, nada de introspección, sino relatos de hombres y de espacios. Estaban hechos para la velocidad y para el trabajo. El se consideraba americano al cincuenta y un por ciento. De pequeño coleccionaba los sellos de la correspondencia entre su madre y su abuela. El más bonito representaba la isla de Terranova, avanzadilla para quien llega por el Atlántico. Aquel oeste había concentrado sus deseos.

Allí estaba por fin, aquel verano: en Nueva York. Se echaba de menos su energía bajo la sombrilla. Me arrastraba por los pies hasta el agua, apenas tenía tiempo de dejar el bolígrafo y la revista de pasatiempos antes de entrar en el mar colgado de él. Me salpicaba, me hacía ahogadillas, me montaba a hombros y desde allí me lanzaba al aire. Aceptaba aquel palizón que me justificaba: tras él ningún otro juego soportaba la comparación. Era el único padre que se comportaba así, nadie más se desenfrenaba con sus hijos con tanta libertad, a la par. Provocaba cierto escándalo, y envidia.

Aquel verano nadie me arrastraba de los pies, permanecía bajo la sombrilla, leyendo cualquier cosa escrita.

Se echaba de menos también en la playa el mecanismo de catapulta de mi hermana. Nuestra formación estaba más que demediada sin la energía fragorosa de los dos. Me había traído una postal, con recuerdos desde Nueva York. Con el palo del polo derretido sobre la mano, pensé que al día siguiente podría enseñársela a la chica.

—Mi padre está en Estados Unidos. El dice América, pero yo prefiero decir la nación, existe también América del Sur.

—¿Y a qué ha ido? ¿Es un emigrante?

Al día siguiente, a las once, después del transbordador, volvimos a encontrarnos en el escalón. Estuve más atento al polo. Antes, en la sombrilla, sólo nos habíamos intercambiado un saludo con la cabeza.

—No, ha ido en avión. Pero está buscando trabajo. Estará fuera nueve meses, lo que dura el visado. Si tiene suerte, nos llamará para que nos reunamos con él.

Había hecho falta un montón de papel timbrado en el consulado, hacía falta incluso un affidavit de Estados Unidos y al final faltaba el *security check*, los antecedentes políticos. Había vivido en Roma en la posguerra e hizo falta el informe de la jefatura de policía de allí. Cuando llegó ésta por fin, el resto de las formalidades fueron las fotos en el consulado, de frente y de perfil, la toma de huellas digitales y la vacunación. Estados Unidos era muy cauto con los forasteros. En cambio, a los prófugos que en aquellos años pasaban por Italia no se les pedía casi nada, porque nadie quería establecerse entre nosotros.

En aquella época, los aviones para Estados Unidos hacían escala en Irlanda y desde allí ascendían sobre el océano Atlántico a cinco mil metros de altitud; hoy vuelan al doble.

—¿Os escribe desde allí? ¿Qué os cuenta?

—Ha ido a ver el *Guernica*, el cuadro de...

—Ya lo sé, sigue contando, no malgastes el tiempo.

A mí me parecía que teníamos de sobra, que podríamos regalarlo a quien le hiciera falta. Eso era: ¿es que puede hacerse un paquete con el tiempo dentro y regalarlo por Navidad? Yo tenía un montón, el mío y también el que estaba dentro de los libros. Sin embargo, probablemente tuviera razón ella, y los animales, en no malgastar el tiempo. El que se nos ha asignado dura cuanto el que no malgastamos, el resto se pierde.

—Venga, sigue contando, date prisa.

—Oye, lo intento, perdona, no estoy acostumbrado a hablar.

—Bien, tampoco los animales usan mucho la voz, excepto los perros, y no los soporto.

—Él es medio americano, su madre nació en Estados Unidos pero se casó en Nápoles. Nunca volvió allá.

—¿Ha muerto?

—No, vamos a verla los domingos.

—¿Es la que se lee las novelas policíacas en un solo día?

—No, ésa es la madre de mi madre.

Vi a la señora que venía hacia nosotros, estaba a punto de levantarme, ella me sujetó, levantó la cabeza e hizo a su madre un no con el cuello, tan brusco que la mujer se detuvo y volvió sobre sus pasos.

—Prosigue.

—Escribe que en Nueva York hay olor a gasóleo y a tabaco. Ha visto una película con Montgomery Clift y Elizabeth Taylor. Ha entrado en Central Park, ha visto césped dentro de la ciudad. En Nápoles, en el parque de Villa Comunale, no crece la hierba, no le da tiempo. Además, ha estado en Long Island, en un restaurante se ha encontrado con camareros de Génova. Ha ido andando a Brooklyn pasando por la casa donde vivía su abuela, que mandaba por Navidad un baúl de regalos. Y además ha subido a un rascacielos.

—¿El Empire State Building?

—Sí, ése.

—¿Y ha visto el puma? —Claro, lo toma para volver a casa.

—¿El puma?

—El *pullman*.

Creía que en el norte se pronunciaba de otra manera.

—¿Qué *pullman*? El puma, el león de las montañas.

—No, eso no lo ha escrito.

—Puede que lo haya visto, que se lo haya encontrado y no os lo haya escrito para no asustaros.

—Yo creo en lo que veo escrito. Hablando se dicen un montón de mentiras. Pero cuando uno las escribe, entonces es verdad.

—No lo había pensado, es cierto. Cuando escribo historias de animales, todas las cosas que hacen son verdaderas.

—¿Aunque escribas que un asno vuela?

—No escribo estupideces, pero si escribo que he visto una mariposa ir andando, es cierto. ¿Me crees?

—Sí, pero es mejor si lo veo escrito.

Vino de nuevo hacia nosotros su madre. Ella se levantó y yo también para echarme a

un lado y dejar más espacio en las escaleras de madera. A nuestro alrededor, unos chicos remedaban mis gestos. Miré hacia ellos y se rieron. En las paredes de las casetas vi escrito con tiza que amaba a la chica, estaban nuestros nombres. ¿Amor? ¿Dos que hablan sentados? No sabían nada del verbo amar que tantos líos causaba dentro de las novelas. Me entraron ganas de borrarlo, pero me lo pensé mejor. Hace falta desdén altanero cuando se oye hablar de más. Mi madre tenía un proverbio, cuando oía hablar mal de alguien: «Al caballo *iastemmato* (injurado) *le luce 'opilo* (le brilla el pelaje)».

Mamá en la playa fuma y se lee el periódico, de arriba abajo. Quiere saber qué sucede en el mundo, especialmente en América. Cuando entra en el agua la miro, vigilo que no ocurra nada. No le gusta bañarse conmigo. Cuando sale, vuelvo a la lectura. La chica me mira. Le devuelvo la mirada, pero sigo atento a mamá cuando está en el agua. No da a entender que echa de menos a papá, o tal vez no lo eche de menos. Leemos juntos sus cartas. La última contaba un baño en el océano, olas que te arrojaban al suelo, marea alta que en media hora cubre centenares de metros. Aquí se desplaza centímetros. Se ve que allá es exagerado por vocación.

A la hora del polo nos sentamos en nuestros escalones bajos y se acercaron unos chicos a jugar a la pelota. Habían colocado la portería entre las estacas, junto a nosotros, y me di cuenta de que querían darme un balonazo. Apuntaban a propósito hacia nosotros. Me cambié de sitio para tapar a la chica. Paré con un brazo dos tiros, después uno errado acabó en el bar. Bajó el socorrista y les ordenó que se fueran, con él no hay bromas que valgan. Me doy cuenta de que esos chicos la tienen tomada conmigo, son mayores que yo, un año por lo menos. En el colegio suceden esas antipatías, no hago caso, pero aquí lo lamento por ella, que nada tiene que ver.

Me habla de animales. El hipopótamo camina bajo el agua y allí debajo celebra sus asambleas. Decide en el fondo del río lo que ha de hacer en tierra. Allá abajo es más ligero y se le ocurren las mejores ideas. Cuando entra en el agua ahuyenta a los cocodrilos. Me he asombrado porque los cocodrilos dan miedo hasta a los leones. Ella dice que los hipopótamos son los más fuertes. Le he preguntado si ha escrito esa historia. Me ha dicho que sí. Me pregunta a mí por los peces. Le cuento que la morena tiene la piel al contrario de la del leopardo, con manchas amarillas sobre el negro. Si muerde, cierra las mandíbulas como un candado y no las abre ni aunque muera. Le cuento que el pez araña se esconde bajo la arena del mar y tiene una espina venenosa en la espalda. Duele mucho si pones el pie encima. A mí me ha pasado y tuve dolores muy fuertes en el pie y por todo el cuerpo, incluso en la cabeza. El socorrista le dijo a un niño que hiciera pis sobre mi pie. El otro no quería, le daba vergüenza, pero con el socorrista no hay bromas que valgan, así que hizo un pis caliente sobre la planta del pie. Yo estaba al revés, boca abajo, y no lo vi.

Ella escucha sin reírse, eso me gusta porque es una escena que por lo general hace gracia a quien la escucha y no ha conocido la espina del pez araña. Poco a poco, el dolor se fue calmando. Papá me dijo que el pis contiene amoníaco, es eso lo que causa el efecto. Ella escucha atenta, une las cejas marrones, retrae en la boca un trocito del labio superior. La miro y no me vuelvo ni hacia aquí ni hacia allá, la miro fijamente mientras sigo contando. Ella escucha con los ojos también. Ha querido saber dónde está la playa de los pescadores y el muelle donde echo el sedal por las tardes. Quiere orientarse, pero no me pregunta por el camino, sino por los puntos cardinales.

—El muelle está al sur, el ocaso se produce a la izquierda.

Después nos despedimos.

He ido a darme el último chapuzón. Uno de los chicos de la pelota, uno regordete, ha ido detrás de mí. He oído que les decía a los demás: «Ahora veréis cuánta agua traga». No he vuelto a la sombrilla, he entrado en el agua. Se ha tirado de un planchazo y venía hacia mí, nadaba sacudiendo los brazos en el agua. Me he puesto de espaldas y he desplegado la natación aprendida en la piscina. Estoy entrenado, no era capaz de seguir mi ritmo, tras esforzarse un poco se ha vuelto a la orilla. Yo he nadado hasta una playita y he vuelto andando a la sombrilla. Mamá ya estaba lista y me ha regañado. Me deja libre en la isla, pero le gusta respetar los horarios. Tras pedirle perdón, le he cogido la bolsa de la playa y hemos ido a casa, dos habitaciones alquiladas cerca del mar.

Después de comer me gusta pescar con la redcilla, rebuscando entre las rocas. A esas horas mamá descansa. Son horas ardientes, el aire rechina de calor y de cigarras. Voy descalzo, bajo los pies crece en verano una suela que no se siente abrasar. Les ocurre también a las manos de los panaderos.

Cuando se despierta le preparo el café, después salgo otra vez.

Por la noche leo un libro comprado por papá, relatos de ingleses en sus colonias del océano Índico. Hay crímenes pero no asesinos que descubrir. He copiado una frase: «Los remordimientos no atormentan a quien se sale con la suya». Hoy sé que es verdad. Entonces fue el temblor que malogró las nociones religiosas. Remordimientos, confesión eran consecuencias inevitables del crimen. En cambio, el libro decía que ni rastro de pena para quien escurre el bulto. Existía una variante según la cual el crimen no conlleva carga. Fue un temblor del subsuelo. Se topa uno, leyendo, con frases sísmicas.

Tras la primera comunión, a los ocho años, iba a misa los domingos, solo. Papá era socialista, a mamá no le gustaba el rito y mi hermana era pequeña para ir

conmigo, no podía contener su desenfreno. En la isla dejaba de ir a la iglesia. Era un buen sitio para respirar en la ciudad. Había espacio de aire sobre la cabeza, distancia entre las personas, el bullicio de la calle se reducía a los restos de una ola dentro de una concha. En la isla no había necesidad de todo aquello.

La isla era mano abierta, en septiembre las vides estaban hinchadas, pedían ser recolectadas. El racimo aplastado en la boca, grano a grano, descalzo en la tarde sobre la tierra dichosa por los pasos de un niño: aquello era la más justa de las gracias, no alcanzada por plegaria alguna.

El libro de los ingleses relataba otras islas, afloradas en la infinitud del hemisferio sur que casi es sólo agua. Recogía noticias de la inmensidad que causa pesadumbre a los hombres que no han nacido allí. El escritor era experto en ese mundo de blancos sudados, enviados a gobernar pueblos ágiles en sonrisas y cuchillos. La isla que yo habitaba era justo de mi talla, como el Mediterráneo, que es grande pero contenido en el regazo de las tierras. Después de esas playas de la infancia, ningún trópico, Oceanía me ha atraído. La isla agotó mis deseos.

A los diez años, la modestia de mi cuerpo me instigaba a desaparecer. Caminaba inventándome que era invisible. Me traicionaban los pantalones azules y la camiseta blanca, por la calle caminaban por su cuenta, sin que yo estuviera dentro, aunque nadie se percatara. Por la noche, desnudo sobre la cama, podía desaparecer por entero.

En la playa de los pescadores, los viejos reparaban las redes, sentados con las piernas abiertas, las manos que actuaban por su cuenta. Los ojos poco veían, ninguno llevaba gafas. Lo que había que ver, las manos ya se lo habían aprendido de memoria. Actuaban a olfato libre, mirando hacia delante, en dirección al mar, que estaba también dentro de ellos. Se mecían en la orilla igual que en la barca. Los niños se afanaban alrededor de algún desecho, el juego preferido era aprender a hacer. Pedían que se les pusiera a prueba, limpiaban las barcas de las incrustaciones, engrasaban el tolete por donde pasaba el remo. Eran pocas las chalupas de motor.

Saludaba al pescador que me llevaba algunas veces mar adentro. Vivía en un cuarto en la playa junto a su mujer y sus hijos. Salía de noche a depositar el sedal de los palangres y aguardaba en el mar a que los cebos trabajaran en la oscuridad, que los peces preferían. Después subía los cien anzuelos desplegados en el fondo de un bajío. A veces regresaba de vacío, perdiendo las anchoas que daba como cebo. En ocasiones, algún buen pez picaba y se metía en su guarida arrastrando el sedal consigo. Entonces era conveniente ser dos, él tirando y otro en los remos empujando en la dirección adecuada. Como cuando se saca un diente, hay que encontrar el

ángulo de extracción. Algunos peces, en su guarida, llegan a resistir la fuerza de una barca, entonces se rompe el hilo de nailon doble y gana el pez. O pierde, y entonces sale a la superficie el furioso mero, todo cuello y mandíbula, hurtado del bolsillo del mar. Otras veces, el pez que ha mordido el anzuelo es atacado y despedazado por otros peces.

«Oficio sin suerte», se decían entre ellos. «*Ofacimmo sulo p'a ncannarienzia*», lo hacemos sólo por un deseo obstinado. Un mero valía una noche en vela en el mar.

Mamá conocía al pescador, alguna noche tranquila me dejaba ir con él. Me daba un jersey de lana ligera, basta, que me picaba mucho. Yo ayudaba con los remos mientras él cebaba los anzuelos y los dejaba caer en el agua, uno a uno. Una vez acabado el despliegue, esperábamos. La isla estaba lejos, un montoncito de luces. Tumbado a proa sobre la cuerda del ancla, yo contemplaba la noche que daba vueltas sobre mi cabeza. La espalda oscilaba despacio a causa de las olas, el pecho se hinchaba y se deshinchaba bajo el peso del aire. Desciende desde tan alto, desde tan profundo cúmulo de oscuridad, que oprime las costillas. Algunas astillas se precipitan envueltas en llamas, apagándose antes de sumergirse. Los ojos intentan permanecer abiertos, pero el aire en caída los cierra. Me abandonaba a un sueño breve, interrumpido por las sacudidas del mar. Aún hoy, en las noches tumbado al aire libre, siento el peso del aire en la respiración y una acupuntura de estrellas en la piel.

Nos salía con esfuerzo alguna palabra nocturna. Era justo el silencio del hombre en la noche. No lo estropeaba la nave que desgranaba por el horizonte las luces mudas, el chapoteo de un ruido de remos que se aproximaba. En la oscuridad, el intercambio de saludos sólo con vocales, pues las consonantes no hacen falta en el mar, se las traga el aire. Lo que estaba a su alrededor era archisabido, se movían con memoria de ciego en una habitación.

Más tarde, muy despacio, un principio de gris desteñía el punto del horizonte llamado oriente. Desde allí empezaba el colapso de la oscuridad, subía la claridad desde abajo y cuando en la barca se veían nuestras manos, empezaba la recolección. Una sílaba me indicaba el cambio de boga. Subía a bordo el pez capturado, sacudía la cola sobre la madera como última defensa. El pescador lo sujetaba por la cabeza, le quitaba el anzuelo. A veces se lo había tragado hasta la garganta y entonces había que cortar el nailon con la navaja, dejarle el anzuelo dentro.

Cuando el sol se deslizaba por entero fuera del mar y ascendía por encima de la barca, habíamos terminado. El se sentaba a los remos para que volviéramos más deprisa. Yo me quedaba dormido en la proa, con la camiseta en la cabeza. Ya en casa, mamá se interesaba por la pesca y después por las manos. «Enseñamelas.» Le enseñaba el dorso, ella me las giraba: «Así te las estropeas —y añadía, para tomarme el pelo—: tendrás manos de paleta».

A fuerza de empuñar los remos te salían algunas ampollas, la sal añadía lo suyo. Se formaban los primeros callitos en manos que jamás habían probado el trabajo. Para el niño que yo era, aquello no significaba nada más que un juego serio, no la servidumbre de mis coetáneos en la ciudad, encerrados en los talleres o yendo y viniendo a la carrera para hacer entregas, desde las primeras luces hasta el ocaso. Mucho más tarde me vería con las manos transformadas por el roce de las herramientas.

En la playa debía estar en guardia. Me había convertido en una diana, se inventaban formas para molestarme. En el agua no podían seguirme, en tierra eran tres y buscaban pretextos. Mientras estaba leyendo la revista de pasatiempos, tumbado en la orilla, pasaban corriendo muy cerca para echarme arena encima. Lo hacían por turnos. Pasados unos minutos, volvían a empezar. En el agua había cogido un erizo. Lo escondí enterrándolo a ras de la arena, junto a la revista. Pasó el primero y le faltó un pelo, el segundo llevaba sandalias, el tercero, descalzo, lo pisó de lleno y saltó por el aire como un muelle. Aterrizó con un grito y rodó por la arena hasta el agua. Se acercaron los otros dos a ver la planta del pie picoteada por puntitos negros. Es un dolor molesto, con aceite y pinzas hay que sacarlos uno por uno. Al erizo pisoteado lo alejé de un empujón. La chica lo había visto. Se había dado cuenta antes que yo de que ella tenía que ver con la antipatía de aquellos tres hacia mí.

Miraban furiosos hacia mi sombrilla, yo seguía leyendo. Se producía entre nosotros, sin saber yo palabra, la rivalidad masculina. Me habló de eso ella, sorprendida por el truco del erizo, el uso de un animal como arma. Me contaba que, en la época de celo, los machos se baten para aparearse con las hembras en estro. Divertida palabra para mí, pues hasta ahora la relacionaba con el arte.

—Como nosotros con la guerra de Troya —quise decir, debido a mis estudios recientes.

—No es lo mismo, nosotros añadimos la voluntad de arrollar al vencido, entre los animales no es más que batalla por el amor.

Pronunciada por ella, aquella palabra no parecía enmohecida. La decía con una «o» redonda, opuesta a la mía, cerrada. Remedé su acento, exagerando su «o».

—¿Y bien? ¿Qué te hace tanta gracia? Amor: una palabra muy respetable en la naturaleza.

—Perdona, me ha sorprendido tu «o» larga.

—¿Tú cómo lo dices?

Me daba vergüenza decirlo.

—¿Qué pasa? ¿Te avergüenzas? Todavía eres un crío.

—Amor.

—¿Lo ves? No tiene gracia. Es una cosa seria. Para los animales es el impulso más fuerte cuando les llega. Se olvidan de comer, de beber. He oído la berrea de los ciervos en los bosques a finales de septiembre. Sueltan un sonido tenebroso en la oscuridad para convocarse entre machos a la batalla. Gracias a las voces se hacen una idea de las fuerzas y del peso de los rivales. Expulsan el aliento tan fuerte que deben estirar el cuello hacia el cielo para dejar que salga; en caso contrario, los sofoca. Mi padre me llevó una vez, es cazador.

Me quedaba embelesado escuchándola, mirándole la cara, incluso la boca.

—Estábamos aún a oscuras pero ya cerca del alba. Se detuvo de repente y me dijo que me agachara, se quitó la escopeta de la espalda, se la echó al hombro. Me asusté, le dije en voz muy baja: «no». Me hizo callar con un gesto brusco de la mano retirada del gatillo. Afinó la mira y vi yo también, desde el suelo, hacia dónde apuntaba, un par de cuernos anchos. Repetí mi «no» en voz muy baja, él hizo un gesto más seco todavía. Apuntó. Yo no podía hacer nada, ni cerrar los ojos ni taparme los oídos. Soltó un suspiro y mientras lo hacía, dijo: «¡Bum!».

—¿Disparó? —pregunté yo, en voz muy baja.

—No, hizo bum con la boca y después bajó el fusil. No volvió a llevarme de caza con él. ¿Lo hizo por odio o por amor?

No esperaba una respuesta, pero se la di de todas formas:

—Yo creo que bum es amor.

Sonrió como cuando acaece la sorpresa de un recuerdo.

—Mi padre falta desde hace dos años. El otoño pasado, en noviembre, fui al cementerio. Hacía ya frío, no era época de mariposas. Sin embargo, una blanca se me acercó volando y fue a posarse sobre mi rodilla, donde él ponía su mano. Amo a los animales, saben de nosotros y nosotros nada de ellos.

Había en ella la firmeza que he reconocido en la voz de los ciegos.

Aquel día fui a comprar dos polos al bar. Mientras volvía, uno de los tres se me acercó por detrás y de un manotazo me los tiró al suelo. Volví a la sombrilla diciendo que se me habían caído. La chica lo había visto todo.

—Tienes que tener cuidado.

—Lo siento, no los tenía bien sujetos, se me han caído.

—Te lo digo en serio, tienes que tener cuidado.

Me levanté para darme un baño, se levantó ella también. Entró en el agua depositándose igual que una hoja; yo, como se hunde un remo. Comprobé si nos seguían.

—No vendrán —dijo—, delante de mí no se miden contigo, que eres mucho mejor en el agua.

A mí nunca se me hubiera ocurrido esa idea, ni siquiera me había dado cuenta de su rapidez mental. No contesté, confuso por haber sido sorprendido mientras me preocupaba.

—Te harán pagar el truco del erizo.

En vez de reaccionar me metí bajo el agua. Salí cuando se me acabó el aliento, con las ideas más claras.

—Ya se lo han cobrado con los polos.

—No eres un hipopótamo, debajo del agua no razonas mejor. Eso no era más que un desaire, tienen otros planes.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo sé y ya está.

—No tengo miedo —dije, y era verdad. No me asustaba tener enemigos.

—Que tengas miedo o no, no tiene importancia. Tienes que prever sus movimientos.

—¿Y cómo lo hago? Si ni siquiera sé los míos. Y además, te lo digo en serio, no me da miedo hacerme daño, salir herido. No me importa. No aprecio mi cuerpo y no me gusta. Es infantil, y yo ya no soy así. Lo sé hace más de un año, yo crezco y mi cuerpo no. Se queda atrás. De manera que, si se rompe, no importa. Mejor si se rompe, de allí deberá salir el cuerpo nuevo.

Dije estas palabras con un extraño ardor y seriedad. Desconcertada, se quedó pensando un momento.

—Oye, despacito contigo, me has asustado.

Y se metió bajo el agua. Yo también me sumergí para sacarla, y ella, debajo del agua, me tomó de la mano. Salimos a respirar, ella tenía aún su mano en la mía.

Mantener, mi verbo preferido, había sucedido. ¿Cómo lo sabrá? Pensé y me contesté: lo sabe y ya está. Nunca había tocado algo tan liso hasta entonces. Ahora no sé si hasta hoy. Se lo dije, que la palma de su mano era mejor que el hueco de la caracola, mientras volvíamos a la orilla, tras habernos soltado.

—¿Sabes que has dicho una frase de amor? —dijo encaminándose hacia la sombrilla.

¿Una frase de amor? Pero si ni siquiera sé lo que es, qué cosas se le ocurren. Ella sabe más que yo de eso por los animales, pero se equivoca. Lo que he dicho es una frase de estupor. El tacto es el último de los sentidos al que presto atención. Y, sin embargo, es el más difuso, no está en un órgano como los otros cuatro, sino esparcido por todo el cuerpo. Me miré la mano, pequeña y achaparrada, y hasta algo áspera. Quién sabe lo que habrá sentido en la suya. No podía preguntárselo, podría ser por equivocación una pregunta de amor.

Papá se encuentra muy bien en Nueva York. Escribe que la libertad le causa una gran impresión. Creció en la dictadura y, después, en la guerra. La libertad le causa el efecto de la noria. Mamá también creció con las mismas opresiones, pero ella se adapta enseguida. Me ha dicho que cuando volvamos a la ciudad cambiaremos de alojamiento. Nos iremos de las habitaciones del final de las escaleras a un piso más alto. «¿Y papá?», le he preguntado. Cuando vuelva, se vendrá él también, le mandará la dirección nueva.

Septiembre es un renacimiento de la nariz, vuelven los olores aplastados por el calor. Han bastado cuatro gotas y la tierra se ha despertado, como mi cara por las mañanas sobre la palangana. Ha subido por el aire la adherencia de la resina del pino, de los algarrobos, de los higos chumbos. Nada de salir al mar, el ábrego ha dejado en la orilla a los pescadores. Sopla meridional y pendenciero, sin dejar que nadie tienda la ropa. Me gusta el napolitano que dice, a la española, «viento» y «tiempo». Enfila el quiebro de una «i» en *vento* y *tempo* que los vuelve avispados, insolentes y escurridizos.

Fui paseando a su playa, a ver qué sucede cuando están varados. Los pescadores se dedican a distintas tareas, que aplazan para los días de viento. Reparán una barca, arreglan un muro, quien posee un motor, lo desmonta y vuelve a montarlo. El pescador amigo estaba haciendo un remo nuevo de una rama de haya. Las olas se arrojaban como bofetones sobre la orilla. Las barcas estaban varadas hasta cerca de las casas; las desplazan haciendo que las quillas se deslicen sobre apoyos de madera enjabonada.

A la hora del mediodía estaba volviendo a casa, venían en dirección contraria los tres chicos. Me detuve. Me puse a pensar si era el momento de dejar que me hicieran daño, si esos golpes podían servir para agujinear el cuerpo detenido. Me habían visto y venían a mi encuentro a la carrera. No, pensé, debo decidir yo cuándo es la hora. Y huí hacia la playa de los pescadores. Él estaba aún perfilando el remo, llegué a tiempo. Ante su presencia, se detuvieron. Él se levantó de repente y les lanzó dos gritos que me asustaron. No conocía su voz cuando se levantaba. Los otros, casi sin oírlo, se largaron. No me preguntó nada, se limpió las manos en el delantal, dejó el trabajo y me acompañó a casa.

—Si vuelven a molestarte, dímelo.

Sabe que papá está lejos. Le he preguntado cuánto durará el ábrego.

—Tres días.

En la cocina pensé en coger un cuchillo para defenderme. Pero me dije maravillado: ¿un cuchillo, para defenderme? ¿Para qué? Tengo que deshacerme de este cuerpo de niño que no se decide a crecer. Déjate de cuchillos, tengo que ir a

buscar a esos tres y dejar que me sacudan hasta que se rompa esta cáscara. Visto que desde dentro no puedo obligarlo, habrá que hacerlo desde fuera. Tengo que ir a buscarlos.

Hoy sé que el cuerpo se transforma según el uso asignado, con lentitud de árbol. Diversas formas han atravesado el mío hasta el perchero que es ahora. A los diez años creía en la verdad de los golpes. Lo irreparable me parecía útil.

Y así lo hice entonces. Salí por la tarde, hacía fresco a causa del viento y no estaba de más algo de lana encima, pero no quería estropearlo en caso de heridas. Me encaminé por la calle principal hasta el puerto. En los bares, los chicos, en grupos, escuchaban música, llevaban vaqueros nuevos y se tomaban helados de cuatro gustos, más no cabían sobre el cucurucho. Se pasaban allí horas y horas, tenían unos años más que yo. Sus cuerpos se alargaban en la carrera por hacerse mayores. Yo pasaba invisible por las aceras. Caminaba a pasos lentos, estaba listo. Había decidido el día y la hora, pero no los encontraba.

Decidí regresar siguiendo el mar, más despejado. Pasé por delante de las instalaciones playeras donde solía bañarme. Sentados en un murete estaban los tres, jugando a las cartas. Me vieron, recogieron las cartas y bajaron a toda prisa por las escalerillas hacia el mar. No me esperaba aquella reacción, los seguí. Uno de ellos dijo:

—Pero si está solo.

Eso era, se habían imaginado que podía seguirme el pescador.

—Está solo —repitieron.

No había nadie en los alrededores; me rodearon, por detrás me llegó un bofetón que me empujó hacia los otros dos. Empezaron golpes que no conté. Uno hizo que me llevara las manos a la nariz; después, caído por el suelo, una última patada me adormeció. Sé que no me defendí. Dolores sí, fuertes, pero también una calma testaruda desde el interior no me dejó gritar.

Me desperté en una camilla, en la enfermería de la isla. Mamá estaba a mi lado y me espantaba las moscas. Quise sonreírle pero una punzada en los labios me lo impidió.

—¿Quién ha sido, hijo mío?

No contesté. Me dolían muchos puntos del cuerpo, más que nada la cara, el pecho además, y no veía bien.

—¿Quién ha sido, un hombre?

Quería decirle: he sido yo.

—¿Dónde estamos? —dije con una voz mía desconocida—. ¿Qué hora es?

—Las siete de la tarde, estamos en el hospital.

Me habían hecho radiografías; nariz rota, hematomas y contusiones, tres puntos de sutura en la frente.

—¿Quién ha sido? —Hice un gesto de negativa con la cabeza—. ¿No lo sabes? ¿Cómo es posible? No se le da una paliza a un niño sin algún motivo.

Vino el médico, uno joven, habló con mamá. Quería que me quedara esa noche en el hospital, en observación. Mamá se asustó, el médico le dijo que era una precaución habitual, no podían excluirse con certeza daños en los órganos internos. Mamá dudaba de que el médico estuviera ocultándole algo. Para tranquilizarla, le dijo que podía llevarme a casa y le dejó su número de teléfono. Eso la calmó. Después habló con otro hombre, yo no conseguía verlo bien, tenía los capilares rotos alrededor de los ojos. Era un carabinero. Le dijo que era obra de unos gamberros y que acabaría encontrándolos.

Era ya de noche cuando con la ayuda de un enfermero me cargó sobre un motocarro, de esos de tres ruedas. No podía comer; bebí un caldo con una pajita. Engullí una píldora y dormí hasta bien entrado el día siguiente.

El segundo día de ábrego es el más violento. Me despertó el viento que sacudía ramas, ventanas y puertas. Mamá insistía en preguntarme, yo no contestaba. No podía explicarle que había ido en busca de aquellos golpes, para obligar a mi cuerpo a cambiar. Hay razones que son peores que los hechos. Recordé que le había dicho algo a la chica, pero no me traicionaría. También los animales guardan sus secretos.

Mamá estuvo siempre a mi lado, aquel día y el sucesivo. Me contaba historias de la posguerra, de cuando la ciudad, una vez acabados los disparos, empezaba su convalecencia. Con los americanos en Nápoles, habían llegado unas cuantas cosas buenas: harina blanca, el trigo que venía de las grandes praderas del Oeste. De Kansas, estaba escrito en los sacos.

Yo pensaba en los campesinos que habían plantado el trigo en las llanuras, en el sol que lo había criado, en el barco que lo había traído sobre el mar. Aquélla era la paz, la buena voluntad, el pan blanco sobre la mesa, de aroma delicioso. La guerra, en cambio, olía mal, apestaba, era fétida.

Se habían abierto locales nocturnos, en las bonitas casas requisadas por los oficiales se celebraban fiestas cada noche.«*Napoli se vuleva scurda'*», Nápoles quería olvidar. Las chicas se volvían locas por los americanos y ellos también perdían la cabeza. Bodas y promesas de matrimonio se organizaban con frecuencia en los primeros meses de la ocupación. Cada familia albergaba a un soldado. El que estaba con ellos les traía de los almacenes toda clase de bienes de América.

Mi abuelo quería hacer negocios con los americanos. Sus camiones eran los mejores

y la posguerra tenía hambre de medios de transporte. Habían entablado amistad, mi abuelo y el soldado americano. El abuelo le propuso que comprara para él un camión y que se lo enviara por barco. El soldado se marchó de permiso con el dinero y de él nunca volvió a saberse nada. La economía de la posguerra era una mesa de juego, había quien ganaba y quien perdía. Al final, mi abuelo consiguió hacerse con un camión. Puso a su hijo, el hermano de mamá, a hacer viajes a Roma, liberada hacía poco. A lo largo de la nacional costera se apostaban los bandoleros, por encima de Itri. Asaltaban a los camiones. Sólo se pasaba de día, en convoyes con escolta armada.

Las historias de mamá, acompañadas por su voz enojada, divertida, grata en cualquier caso a su juventud, hacían que se me pasaran los dolores. Me olvidaba incluso de existir, cuando ella relataba. Era un saquito vacío que se llenaba con el aliento de las historias. Cuando se cansaba, se interrumpía bruscamente, «Ya está bien», y la bolsita de papel acababa estallando con estruendo. Y volvía yo.

Me he visto otras veces envuelto en golpes, en el aliento corto del cuerpo a cuerpo. He conocido el odio, no especialmente el mío, que siempre fue escaso por poca energía sentimental, sino el de los demás contra mi generación insurgente y revolucionaria. En medio de los golpes supe apañármelas. Incluso cuando me desplazaron de una patada el esternón mientras estaba por el suelo rodeado, me defendí hasta que llegaron otros de los míos para arrancarme del montón de uniformes que tenía encima. No puedo reconocerme en ese niño que no se defiende. Su idea obstinada de querer abrir una brecha en el cuerpo para dejar salir del capullo infantil la forma sucesiva: debía de ser para él una certeza. Existen actos de fe física. Escalar una pared en solitario, sin protección alguna, es uno de ellos. Pero aquel niño que se deja derribar fue más lejos que el adulto que algunas veces ha subido sin cuerdas sobre el vacío a cuatro patas, hasta desembocar en la cumbre. Aquel niño de diez años queda hoy fuera de mi alcance. Puedo escribir sobre él, no conocerlo.

Mi cuerpo había recibido una sacudida, ya no era el mismo.

Por la tarde se produjo el alboroto. Llamaron a la puerta; era el carabinero. Con él, los tres chicos, acompañados por sus madres, que con voz refrenada los insultaban con el dialecto que sabe castigar. El carabinero los había localizado fácilmente, alguien había visto, hablado. En aquel entonces, las cosas acababan sabiéndose. El carabinero quería que los tres vieran lo que habían montado. Las voces en el vestíbulo le explicaban a mamá la visita. Los tres permanecían callados. Mamá vino a preguntarme si podían entrar. Me sorprendió su gesto de dejarme decidir. Era una consideración hacia una persona, no hacia un niño. Asentí con la cabeza. El carabinero frenó a las madres, debían entrar sólo los tres con él. Mamá abrió la puerta y el cuartito se llenó. Miraban al suelo, el carabinero les ordenó que me miraran a mí.

Tras los ojos amoratados lo veía todo desenfocado y oscuro. Una venda me rodeaba la cabeza alrededor de la nariz, tenía la boca hinchada y un corte en la frente completaba el efecto. Uno de los tres se echó a llorar, los otros dos apartaron la cabeza. El carabinero volvió a ordenarles que me miraran. Preguntó si los reconocía, negué con la cabeza. El carabinero me lo preguntó otra vez, tenía que cerrar el informe. ¿Los conocía?

—Vamos a la misma playa —me salió escasa y mal la voz.

—¿Son éstos los que te han pegado?

De nuevo negué con la cabeza. El carabinero se me acercó. Era un hombre de unos cuarenta años, bigote negro y pelo ya canoso en las sienes. Era del sur. Se volvió y les dijo a los tres que salieran. Cerró la puerta y volvió a mi lado. Se quitó la gorra, tenía otra voz, más cercana.

—Chaval, se han ganado una denuncia por lesiones, ya han confesado. Los he traído aquí para darles una lección, que se den cuenta de lo que han hecho tres contra uno, y mayores que tú, encima. Eres un chaval como es debido y comprendo que no quieras denunciarlos. Pero es un acto de oficio, no depende de ti. Es una acción del Estado. Sé que no los denuncias por generosidad, no por miedo. Dime sólo si para ti así es suficiente.

Cerré los ojos ya medio cerrados.

—¿Te va bien así?

Asentí con la cabeza.

Me volvían las lágrimas a los ojos por aquellas palabras, por la voz justa que me trataba como a una persona. Para él, en aquel momento, yo no era un niño. Pero lágrimas no podían salir, la hinchazón lo impedía.

—¿Me das la mano?

Me ofreció la suya, abierta, le tendí la mía.

—¿Por qué las tienes tan ásperas y despellejadas?

—Voy a pescar de vez en cuando, y ayudo con los remos.

—Yo también voy, salgo a pescar al candil, a por calamares.

Abrió la puerta, y al salir le dijo en voz alta a mamá: «Tiene usted un hijo como es debido, señora», y se marcharon.

Quería curarme deprisa para comprobar los resultados de mi cuerpo transformado. El cuarto día, el viento había cesado. Llegó una cesta de fruta y golosinas de parte de las madres de los tres. Mamá la aceptó, pero no invitó a pasar a la mujer.

—Menos mal que tu padre está allá. Habrías visto a qué altura lanzaba la cesta.

Entre la pequeña comunidad de veraneantes había corrido la voz. Vinieron varias personas a interesarse, también la chica con su madre. Mamá las recibió amablemente. Entraron en el cuartito y la chica se puso rígida. Su madre comentó

algo, no sé qué, ya no oía. Se me había subido la sangre a la cabeza. Me miraba fijamente. Podía hacerlo yo también, los ojos se me habían deshinchado, me quedaba el negro alrededor. Las dos madres salieron, la suya intentó sacudirla para sacarla de la habitación, ella negó secamente con la cabeza, agitando el pelo. Salieron dejando la puerta abierta. Ella la cerró y vino a sentarse en la cama.

—¿Dónde nos habíamos quedado? Ah, sí, en la mano.

Y me la cogió, depositándola entre las suyas. Mis dedos estaban entre dos madreperlas más suaves que el pan. Pero no lo dije.

—No debiste dejar que te hicieran esto —dijo endureciendo el tono. Abrí la boca para responder, me posó un dedo encima—: No digas nada. En la naturaleza es imposible que tres machos se lancen contra uno. Ésta es ahora una cuestión de la justicia. Sé que no has querido denunciarlos. Así la justicia resulta más difícil, debe inventarse un camino nuevo. Era mejor si cumplías con tu deber de ciudadano y confiabas tu caso a la ley. Pero aquí, en el sur, preferís actuar por vuestra cuenta. Así que dime, ¿te vas a vengar?

—Ni soñarlo, me busqué yo sus golpes.

—No. La habían tomado contigo por mi culpa y querían pegarte. Debiste estar más atento y evitarlos y yo también debí estar a tu lado. Delante de mí no te hubieran pegado. Los machitos no hacen canalladas delante de una mujer.

La miraba y me daba cuenta de que era así. Era una mujer, la primera que emergía de aquella multitud que no me interesaba. Otras veces he vuelto a vivir la sorpresa de una mujer que avanzaba hacia mí y el resto a su alrededor quedaba desenfocado.

Hablaba de justicia, una necesidad para ella. No sabía nada de eso ni tampoco me importaba. ¿Cómo podía una justicia resarcirme de mis heridas? Ningún castigo de esos tres me arreglaría el cuerpo. Tenía que curarse por su cuenta, con las historias de mamá, con el libro que estaba leyendo, con los boquerones fritos, no con el carabinero, la acusación ni la ceremonia de la ley. No tenía las palabras perspicaces de ahora, pero era así, la justicia no hacía efecto en mí. Para ella era de primera necesidad.

Volvió a cogerme la mano, me vino de ahí, y de todo el cuerpo después, un impulso de júbilo, de caloría, de gracias. Se lo dije:

—Tus manos curan.

—Ésta es tu segunda frase de amor.

Entraron las madres con sus tacitas de café, ella mantuvo mi mano entre las suyas. Frente al mundo, el verbo mantener afirmaba sus derechos.

—Se curará deprisa —les dijo a las dos. Después se levantó y prometió que volvería.

Cuando se marcharon, quise levantarme de la cama. Recuperaba las fuerzas, la nariz se me había liberado. En los días anteriores y hasta hacía poco, para respirar por las fosas nasales tenía que enjuagármelas con agua caliente para diluir los grumos de sangre. Me di cuenta de que respiraba libremente por la nariz. Mi primera idea fue la de coger un lápiz y ponerme de espaldas a la pared para marcar la altura de la cabeza. Respecto a la marca precedente, se había desplazado un centímetro abundante. El cuerpo se había movido, así que era cierto, hacía falta una rotura.

En aquel momento, no sabía que un cuerpo tendido en la cama durante varios días experimenta un alargamiento. Aquel centímetro, para mí, servía de confirmación a las heridas. Mamá oyó mis pasos, vino a verme, le dije que me había curado, que podía sentarme a la mesa para comer con ella. Me sonrió con la comisura de la boca tomándome el pelo.

—Mañana vamos a la playa —le dije.

—Mañana se verá.

En los años que siguieron a la adolescencia, al cuerpo por fin en la estatura adulta, la palabra justicia se convirtió en el centro del conocimiento. Las noticias que llegaban del mundo se clasificaban en obras a favor y obras en contra de la justicia. Las revoluciones eran obras a favor. El siglo del 1900 no se andaba con chiquitas entre mataderos de vidas humanas e insurrecciones. Eran tiempos en los que se distinguían las partes, y con cuál estar.

No sé si estoy en deuda con la chica por la importancia para mí del sentimiento de justicia. Cuando para entenderla y exigirla empezamos a buscar golpes en lugares espaciosos y abarrotados, plazas y vías públicas, me había olvidado de ella. Le debo la liberación del verbo amar, que en mi vocabulario estaba bajo arresto. Ella lo deducía de los animales, amar era uno de sus compromisos. Tenía que ver también con la justicia. El amor de los animales tenía un reglamento despiadado y leal. Me hablaba de ello, convencida de querer practicarlo. Quién sabe si acabó convertida en juez o zoóloga, aquella chica que me cogió de la mano. Escritora no, lo hubiera sabido al toparme con ella en alguna lectura. La hubiera reconocido, por más que hoy no recuerde su nombre ni el norte al que pertenecía. La imagino dedicada a proteger ballenas.

Al día siguiente, convencí a mamá para que bajáramos a la playa. Le prometí que no habría baños bajo el agua, sólo hasta el cuello. El labio se había reducido durante la noche, el negro estaba algo más desvaído alrededor de los ojos. Estaba casi presentable, me quedaba la venda en la nariz y los puntos de la frente. Me compró la

revista de pasatiempos. El socorrista nos abrió la sombrilla y volvió después con un polo de regalo para mí. Éramos de los primeros en bajar. Me di un baño, la sal me quemaba en las costillas y en el hombro, salí enseguida para que las costras no se ablandaran. Me sumergí en la revista, de la que sólo salí cuando llegó ella. Me levanté para saludar y también para comprobar si el centímetro me cambiaba en algo frente a ella. La impresión fue que era ella la que había crecido. Se la veía tranquila en sus gestos y resuelta. Verificó de cerca la venda, la frente. Me propuso que fuéramos a bañarnos, una invitación más apremiante que una orden. Sin tirarme, entré en el agua despacio, como borracho. Al llegar hasta donde no hacíamos pie, me dijo cosas que no entendí. Me pidió que no la juzgara por lo que la vería hacer en los días sucesivos.

—Estaré un poco fría contigo en la playa, no me hagas caso. No nos bañaremos juntos. Intentaremos vernos por las tardes, ¿entendido?

Dije un sí confuso, ella me cogió de la mano por debajo del agua y me la apretó. No era madreperla ni pan, era corriente eléctrica.

Volví a la revista y en su interior me quedé. Había un jeroglífico difícil, mamá me pedía mi opinión. Me concentré en aquel cuadradito en el que objetos y figuras formaban una frase oculta con la ayuda de las pocas letras apoyadas en ellos. El jeroglífico estaba dividido en dos viñetas como indicando dos momentos. Un joven caminaba por un campo con una C y una U encima, y al fondo se veía a un señor trajeado ante una rica casa. En el boceto de abajo aparecían otras letras sobre un lance futbolístico, una D junto a una catedral, el mástil de una bandera al viento. Era el paisaje abstracto de los acertijos en el que todos los detalles están al servicio del conjunto, como sucede en la cárcel y raramente en la realidad.

Estuve dándole vueltas al dibujo dos horas, hasta forzar la solución. La frase era: «Cuando el amor falta, el deseo no basta». Contento del éxito no prestaba atención al significado. Hoy sé que sin arrebatos de amor se carece de deseo de justicia. No la de los tribunales, sino de esa otra que es respuesta ante el impulso del amor y por lo tanto varía en sus aplicaciones según los casos. Para esa justicia cada caso es único.

Escribí la solución y se la entregué a mamá. La estudió y dijo:

—Ah, de más seo... asta, es decir, el deseo no..., muy bien, hijo mío, yo no hubiera caído.

Me levanté bien cargado de sol en la espalda tras dos horas absorto en la página. Me quité la gorra y me acerqué a la orilla. Ella no estaba en la playa ni tampoco en el agua. Después de bañarme me disponía a regresar cuando la vi; paseaba por el borde mojado de la orilla e iba con aquellos tres. Me di la vuelta hacia el mar. No podían verme, pero de lo que más me percaté era de que yo no podía verlos a ellos juntos. Igual que en la calle, deseé ser invisible. En el mar podía, me sumergí y nadé aguas

adentro bajo la superficie. La venda se deshizo. Los ojos cerrados me ardían como cuando estaban abiertos, salí más alejado y seguí nadando.

Desaparecía a fuerza de pies y de brazadas. Pensé en seguir adelante, pero estaba ya lejos y no quería más revuelos en la playa. Regresé nadando a espalda para seguir viendo el mar abierto y nada más.

La venda había desaparecido, la nariz estaba al descubierto, me la toqué, era más redonda que larga. No me había olvidado de la promesa, la había sobrepasado debido a un impulso mayor. La piel estaba empapada y las costras, deshechas. Recorrí la orilla, resignado a sufrir las consecuencias de la transgresión. Mamá estaba leyendo y no se dio cuenta de inmediato. La madre de ella, sí, y me miró frunciendo las cejas y con una sonrisa forzada. Busqué en su cara la de su hija, pero no estaba allí, dos bellezas lejanas. Mamá por fin se dio cuenta:

—¿Y el vendaje?

Contesté que me hacía sudar y que me picaba. Sus dos posibilidades eran la cólera o la broma.

—Ya no tienes nariz, sino *‘nu puparuolo*.

Un pimiento, le aclaré a la madre del norte, que se rió de la traducción.

Me puse una gorra ancha y mirando al suelo crucé la playa con mamá hacia casa. Los tres puntos en la frente corregían el ridículo con una coma de seriedad. Me aguardaba la mofa, estaba en el precio por crecer.

Las etapas de mi cuerpo han resultado a menudo graciosas. En mis primeras semanas de fábrica, las manos se me llenaron de pequeñas astillas de hierro y atraían a los imanes. Los guantes protegían poco, empapados de aceite de engranajes. En la obra, los primeros días de turno en el martillo neumático, volvía a casa tambaleándome borracho, evitado por los transeúntes. El tenedor se me escapaba de los dedos, tenía que sujetar el plato con las dos manos. El viaje del bocado hasta los dientes era impreciso, chocaba antes contra la barbilla, el bigote. En cambio, mientras escribía líneas en el cuaderno, el bolígrafo no temblaba.

Me molesta mientras se alargan las páginas no acordarme del nombre de la chica. Cincuenta años de hiato no lo justifican. De ella se me vienen a la cabeza las frases mientras avanzo, se añaden detalles precisos y nada de nombres. Podría encasquetarle uno, incluso uno apropiado, un nombre de la mitología griega, pero me convertiría en uno del oficio, uno que inventa.

Como lector olvido enseguida los nombres de las historias. No añaden consistencia y son una convención. Dejo, pues, vacía la casilla del nombre y sigo llamándola la chica, porque como niña no la conocí.

Aquella tarde pasó por casa, pero yo no estaba. En la isla, en aquellos años, los niños deambulaban solos, junto a los perros. Me había ido a la playa de los pescadores. Nadé hasta la isla de enfrente, me gustaba hallarme lejos. Ganaba distancia de la costa, lo hago aún ascendiendo en la montaña, para despegarme.

El aliento me bastaba, piernas y brazos iban por su cuenta. La superficie del mar es un techo sobre las profundidades. Los brazos navegantes desplazan el agua a palmos, el cuerpo asoma a medias. En posición inclinada, la cabeza pierde mucho prestigio, desfila a la misma altura que los talones, se mueve como una cola. Volví a la orilla a tiempo para la retirada de las redes. Una barca había completado el semicírculo, con uno en los remos y dos dejando caer el rollo de red.

Allí mi nariz no causaba risas. Se prestaba poca atención a los desarreglos de la naturaleza, a las heridas, a las lisiaduras. Mientras quedara vida, ésta tenía una finalidad y un lugar útil en tierra. La nariz morada, mis ojos redondos y anchos por encima, pasmados y abiertos a causa de algún pensamiento: debía de parecerme a la escorpena en el mostrador de la pescadería.

No pensaba en el grupo que había visto por la mañana en la playa. Seguía siendo un niño que no retenía las impresiones. Ella los prefería, eran mayores, hasta más interesantes por interesados en ella. En la playa de los pescadores preguntaba si vendían carnada. No tenían; me fui a excavar en la arena para buscarla. Acabé la tarde así, de rodillas de espaldas al mar, cribando la arena. Se me daba bien hacer cosas como ésas, vacuas. El único gobierno era el horario de regreso.

Ya en casa, mamá me mandó a comprar dos pizzas, una marinera para ella. El encargado me dijo que por nariz tenía un tomate. Lo dijo afectuoso; había mejorado respecto al pimiento de por la mañana. El encargado dijo también que el corte en la frente me hacía más hombre. No se me había ocurrido, me preocupaba por la estatura del cuerpo y no pensaba en que también la cara tiene que crecer.

Después de las pizzas, mamá me llevó al cine al aire libre. La pantalla estaba en medio de los pinos, las sillas eran de las plegables, de madera, lo mejor era traerse un cojín de casa; crujían como las cigarras. La película estaba ambientada en Florencia y basada en un libro de Vasco Pratolini. Lo habíamos leído, mamá quería establecer la habitual comparación. Entonces como ahora, prefiero el libro antes que la película, por razones de precedencia. No ocurre que un libro se base en una película.

A mitad de la proyección, me quedé dormido. Nunca he sido nocturno. Los años de insomnio de la lucha política y los turnos de noche en las obras son los únicos

tiempos que me mantuvieron despierto.

Cuando abrí los ojos, las luces estaban encendidas; las sillas, recogidas. En los pasos hacia casa dijo que le había gustado, sin hallar la vivacidad de Pratolini, y, en su lugar, una melancolía de interiores.

Papá y ella llegaron a conocerlo, en la inmediata posguerra de Nápoles había ido a cenar a su casa un par de veces. Papá estaba inflamado de literatura, él de política, se entendían bien intercambiándose los papeles. Mamá recordaba que en la mesa no se malgastaba ni una sola palabra hablando de fútbol o del tiempo que hacía. Eran jóvenes, hablaban del mundo con la buena voluntad amarga de quienes lo habían visto desmoronarse y tienen que rehacerlo.

Siempre le gustaron los escritores, hasta yo le gusté, como escritor. Cuando algo de lo mío le causaba especial impresión me decía: «*Aro' si' asciuto?*», ¿de dónde has salido? Como diciendo: desde luego, no de mí. No hay frase que para mí pueda igualar a ésta.

Más tarde, de joven, amé ese cine de artesanos excelentes que en el momento justo adquiere la intensidad del arte. El blanco y negro daba luz al patio de butacas de los pobres, relucía por el sudor en la frente, no por las lentejuelas. Aquel cine narraba barracas y no palacios, a nuestra gente abarrotada en tercera clase, no los vagones del *Orient Express*. Iba solo, no quería a nadie a mi lado que se mofara de mi conmoción, que estorbara la sacudida de una compasión, que atenuara la consternación de una ira. Aprendía lo que era Italia en las salas ahumadas de los cines, incluso en las que estaban divididas en clases, primer, segundo, tercer reestreno, a las que llegaban copias quebradas y recosidas.

El cine italiano de posguerra me enseñó a mirar, por lo menos cuanto las voces de las mujeres de Nápoles me enseñaron a permanecer a la escucha. Lo han llamado con aproximación Neorrealismo, pero era visionario. Narraba los desconocidos, arrollados por un siglo entusiasmado ante la mecánica. El acero, la luz eléctrica, los aeroplanos, la irrupción de las multitudes en la historia: hacía falta una fiebre para encuadrarlo todo. En *Tutti a casa*,^[2] documento del desbarajuste del 8 de septiembre, aparece el fotograma de un marinero de uniforme que huye a caballo en una plaza. Así era aquel cine, fulminaba el instante con una visión, hermana de un verso de poesía más que de una frase en prosa.

En aquellas salas me abrasaba los ojos, tosía los humos ajenos y, sin embargo, me hallaba en una multitud de enmudecidos que por primera vez se veían a sí mismos en la pantalla, junto a la fragancia de los dialectos.

Decía que iba a estudiar a casa de algún compañero y, en cambio, me metía en un

cine a las cuatro. Cuando salía, había aprendido, por absorción. En el colegio, al día siguiente, rumiaba las escenas impresas. He amado mucho ese cine, como espectador puro. Como delante de los cuadros: no me situaba en el punto de vista del pintor, sino en el de quien está en un lateral y echa un vistazo por encima de las cabezas desde un asiento en el gallinero.

Hoy regreso a la edad de diez años, cuando no conseguía ver ninguna película entera porque me quedaba dormido. Hoy vuelve a ocurrirme que me restriegue los ojos y apague la luz aún en la primera parte. Tiene que ver la edad que enmohece el día en su crepúsculo, tiene que ver que aquel gran cine ha desaparecido de las salas junto a los asientos plegables de madera.

En mi estantería hay ahora un libro de Pratolini, *Oficio de vagabundo*. Una fecha, 18/I/50, y una dedicatoria de papá a mamá por sus veinticinco años. Llevaban cuatro casados. Se amaban, los dos, se regalaban libros. Ella estaba embarazada de mí. La fecha de la dedicatoria denuncia mi intrusión en sus vidas. Se las obstaculicé cual extraño. Querían un hijo, me tuvieron a mí. Ellos son mi gente, pero yo fui poco y mal la suya.

18/I/50, estaba a medio embarazo, le asomaba del vientre mi montoncito de huesos. Tengo abierta la página de la dedicatoria y me entra el deseo maldito de no haber existido, de dejarlos a los dos vivir en paz. Con más violencia que a mis diez años, cuando deseaba ser invisible, pienso en su vientre plano sin mi peso dentro. «Oficio de vagabundo», era el reproche que le hacía su padre a Pratolini. Para quien tiene el tullido impulso de no haber existido nunca, queda el oficio de fantasma.

En algún lugar de la sala al aire libre estaba también la chica con los tres, me lo dijo ella misma a la mañana siguiente en la playa. Me había llevado aquel día el libro de los mares del sur, ya no me importaba pasar por un crío intelectual. Había pedido antes permiso para llevarlo, concedido, aunque no debía estropearlo con los dedos mojados ni llenarlo de arena.

Aquel día había llegado una carta de papá. Había encontrado trabajo, le preguntaba a mamá si quería reunirse con él allá. Se quedó con la carta en la mano, la expresión oscurecida clavada en el mar. Me imaginé que diría que no, porque estaba mirando hacia Nápoles y no hacia occidente, una idea estúpida que me guardé para mí. Después me preguntó qué opinaba yo de aquella propuesta, si me apetecía que fuéramos. A partir de ese momento para ella América se convirtió en *allá*.

Allí dominaba la velocidad, crecería a la fuerza, porque allí todo se volvía grande, espacioso; zapatos, helados, coches, y todos eran altos, soldados, escritores, obreros. Me atraía un lugar donde volver a empezar sin conocer a nadie. Podría quitarme el uniforme de invisible, lo sería sin esfuerzo de imaginación.

Podía ser un buen sitio para mí un país llamado allá. Aprendería el idioma de la

abuela, resolvería crucigramas americanos, tendría zapatos y helados de marcas de allá. Insisto con los zapatos y los helados porque me acordaba de esas palabras en inglés, un resto perdido de otras.

Mi padre, último hijo, nació por causas de guerra. Mi abuelo, soldado anciano reclutado en 1917, antes de marchar al frente dejó embarazada a su mujer. En otros tiempos era costumbre hacerlo, no por desconfianza, sino por respeto a las usanzas. Algo de inglés había circulado por casa, la abuela se esforzaba por transmitírnoslo. El idioma es la última propiedad de quien se marcha para siempre y ella nunca regresó a su tierra.

Mamá solicitaba por primera vez una opinión mía sobre algo importante, no un simple jeroglífico.

—¿Y qué hacemos allá? Tu hermana, la dejes donde la dejes, enseguida se monta algún juego con la pelota. Tú ya te acostumbrarás, estás callado aquí y lo estarás allí también. Pero yo todo lo tengo aquí, hermanos, a mi madre, la ciudad que he visto bombardear y excavar después bajo las cenizas cuando el volcán la cubrió de aquellos polvos de maquillaje negros en homenaje a mis diecinueve años, en la primavera del cuarenta y cuatro. Yo sólo sé vivir en mi tierra.

Me hablaba a mí, pero por necesidad de una presencia. Aquel marido suyo se había aventurado hasta allá en busca de posibilidades mejores y había encontrado incluso una oportunidad. No era como ahora, que uno va para allá a dar una vuelta. Éramos un país de apestados tras la guerra perdida por el bando obscuro. Había conseguido obtener un visado y hasta había encontrado un buen trabajo y un acomodo para nosotros. Y su mujer, de vacaciones en la playa, le lanzaba a la cara un no: podía suponer la ruptura entre los dos.

—No le pedí yo que se marchara allá. Si es que tiene metida en el cuerpo esa tierra, ya media patria para él. Ir allí ha sido una obsesión suya desde pequeño. Después de la guerra siempre estaba hablando de lo mismo. Y yo le dejaba que hablara, no le decía que no, confiando en que pudiera bastarle la fantasía. Y ahora, mira cómo estamos.

Desde aquella carta, mamá estuvo ausente. Le daba vueltas a la idea, releía las líneas, sacaba una hoja para contestarle y se quedaba quieta con la pluma en vilo.

Yo le había contestado que para mí era igual. Dije una frase que ella quiso recordarme con el tiempo: «No quiero tener peso». No quería contar para nadie, sólo quería pensar en buscar gusanos excavando en la arena, en leer libros, en pasarme los días mudo. Allá, sí o no, era un asunto que debían resolver entre ellos. Papá no había nombrado a sus hijos, se lo preguntaba a ella y nada más.

Vino la chica con la petición de que nos viéramos por la tarde. Estaba leyendo las historias de mares lejanos y aparté poco y apenas la atención del libro abierto. Le dije que iba a ir al muelle a pescar un rato con el sedal. Estaba expuesto al sur, el sol se ocultaba detrás de la isla ya a primera hora de la tarde, dejándolo a la sombra. Los peces prefieren las horas sin el ápice del sol. Ella se alejó con un brinco de las rodillas hacia arriba.

La playa de finales de septiembre se ensanchaba; con las sombrillas espaciadas, las madres enseñaban a los niños a despedirse del mar. En septiembre se atenúa el empuje del maestral, más lentas las olas y en intervalos idénticos, no a la carrera como en agosto y julio. Los pescadores salen a la pesca de arrastre, al paso de los atunes, de las agujas, de los jureles, que no pican en los anzuelos. Su playa estaba vacía, todos los barcos fuera. Pasé por allí para ir al muelle con la cesta. Dentro estaban en un frasco de arena los escasos gusanos excavados en la playa, el sedal enrollado en torno al corcho.

En septiembre ocurren días de cielo descendido a la tierra. Se abre el puente levadizo de su castillo en el aire y, bajando por una escalera azul, el cielo se apoya durante un rato en el suelo. A los diez años, podía ver los peldaños escuadrados, y recorrerlos hacia arriba con los ojos. Hoy me contento con haberlos visto y con creer que siguen existiendo. Septiembre es el mes de las bodas entre la superficie terrestre y el espacio de encima encendido por la luz. En las terrazas escalonadas para las vides, los pescadores hacen de campesinos y recogen los racimos en cestos hechos por las mujeres. Antes incluso de exprimirlos, el día de la vendimia embriaga a los descalzos entre las hileras al sol y el enjambre de las avispas sedientas. La isla, en septiembre, es una ubre de vino.

Es el mes de la fiesta del santo, desfila por el mar la procesión de las barcas y de noche, en la playa, se lanzan fuegos artificiales. En los anteriores veranos asistíamos al completo. Mi hermana saltaba de alegría con cada estallido de colores en el aire. Papá la levantaba remedando con la boca las explosiones y ella imitaba la caída de las chispas al suelo. He visto en el cine a Totó repetir la mímica de unos fuegos artificiales, pero ellos dos lo hacían mejor. Mamá se quedaba hechizada, yo miraba las caras de los que miraban los estallidos en el cielo. Los ojos de los niños reflejaban las luces coloreadas. Las siluetas de los mayores, dirigidas hacia lo alto, acogían el espectáculo como las flores lo hacen con la lluvia.

Nunca me han gustado los fuegos artificiales, su imitación del volcán en llamas. Me intrigaba el asombro que suscitaban, la antigua admiración por el fuego. ¿Por qué a mí no me afectaba? Lo comprendí en la montaña, cuando vi entre las rocas y el

bosque mi primera cascada. Me deslumbraba, me acerqué a su estruendo, me desvestí y me dejé empapar por el polvillo de agua desmigajada. Por dentro pasaba el espectro de un pequeño arco iris. Supe allí que la cascada es maravilla opuesta a los fuegos artificiales.

Yo amo la nieve, el granizo y el salto en precipicio de una cascada. Admiro la avalancha, el aire desplazado de un bofetón, el derrumbe de una ladera que se desprende con la carga de nieve. Amo el agua que se sumerge en caída y no el fuego que se abalanza hacia lo alto y quiere elevarse, encabritarse y disgregarse en cenizas.

La fiesta terminaba con el llanto y con el estrépito de mi hermana, enemiga de cualquier cosa que acabara. Aquel año faltamos, sin ella ni papá no nos importaba. Mamá dijo a la mañana siguiente que habían disparado con fuerza. Yo no había oído nada. Me sucede con regularidad no oír las detonaciones y los estallidos de las fiestas de Nochevieja. En cambio, en el interior del par de guerras en las que me introduje a propósito, permanecí despierto en la noche de los fuegos malditos.

Llegué al muelle; un viejo pescaba con una boina en la cabeza y el blanco sobresaliéndole por la nuca. Me senté en el punto más alejado. Me preparé lento, con los pies colgando sobre el agua. Primero me había enjuagado las manos en el mar, después cebé el anzuelo y lo lancé lejos, empujado por el plomo. Confié la pesca a la yema del dedo índice y me fui detrás de los pensamientos, que llegan desde lejos y se van al mundo de las olas con la barca. Pasan por debajo y hacen que se balancee.

Un temblor ligero me avisaba de que en torno al cebo había una tentativa de catarlo. A un golpe seco respondí con el impulso de la muñeca hacia lo alto, después sopesé el anzuelo para notar si había algún peso de más. Era ligero y lo saqué para comprobar. Se habían comido el cebo sin dejarse engatusar. Lo cebé de nuevo y lo lancé en otra dirección.

Era la buena hora de la sombra sobre el muelle. Sonaba la campana y el viejo retiró su presencia de pies descalzos. Me gustaba estar resguardado del ocaso, no ver el fin certificado del día, con el sol embutido dentro del mar. Entonces prefería el alba. Hoy busco el ocaso en cada isla a la que llego. Voy al Oeste a la hora en que se vacía dentro del agua. Hoy rebaño hasta la última luz del plato del horizonte.

Albas he visto durante toda mi vida y también ahora, pero las de ahora son sólo el vicio de despertarme con la oscuridad. Mientras leo las cosas del despertar, me percató poco del pasaje de la noche al después. Hoy para mí resulta indiferente el albumen del inicio, la pureza del día.

No oí llegar sus zapatos de suela de esparto hasta que no se sentó a mi lado. Poco antes había tenido un golpe de suerte, un estupendo sargo se había dejado atrapar y extraer del agua, con el anzuelo clavado en el borde del labio superior. La muñeca había dado el tirón hacia arriba en el momento justo.

Por lo general, al final de la pesca soltaba entre las rocas el contenido del cubo. No le enseñaba a nadie el gesto, que podía suponer una ofensa para quien con tan poco podía llenar un plato en la mesa. Pero el sargo era una buena presa y había decidido llevarlo a casa. Podía demostrarle a mamá que era bueno en algo. Ella se sentó a mi lado y vio el pez en el cubo, furioso por la captura y por haberse dejado enredar por un chico.

—¿Ha tenido mala suerte o es mérito tuyo?

—Malísima suerte, se ha quedado enganchado del labio.

—¿Qué tal estás?

—Me curo deprisa, como dijiste tú.

—Dentro de poco me marchó. Antes tengo que arreglar una cuestión de justicia. Ahora vas a escucharme y a hacer lo que te diga.

Silabeaba con calma las palabras, en contraste con la tensión de su cuerpo. ¿De qué justicia me hablaba y qué tenía yo que ver con eso? No contesté, los puntos de la frente me molestaban.

—Mañana por la tarde, bájate a la playa. Te encierras en la caseta y te quedas allí. No salgas hasta que te llame. Oigas lo que oigas y veas lo que veas por las rendijas de los tablones, no salgas hasta que te llame yo. ¿Me has entendido bien?

Su voz sosegada dentro de mí aumentaba de volumen, gritaba, me volví hacia el muelle vacío. Me detuve a mirarla. El vestido blanco, una pequeña margarita en la oreja, un olor distinto al aceite de almendras; la miraba, con la mirada atascada en ella. Fue la primera noción cierta de la belleza femenina. Que no está en las portadas de las revistas, en las pasarelas, en las pantallas, que en cambio está de repente a tu lado. Que te sobresalta y te vacía. Seguí como estaba.

—¿Me escuchas o me miras?

No sé cómo se me ocurrió decir:

—¿Puedo escoger?

Sonrió. A partir de las comisuras de la boca, la sonrisa invadió el resto de su cara y bajó por todo su cuerpo hasta los pies, que sonrieron también. Depositó un beso en mi mejilla, en el lugar más próximo a la nariz.

—¿Has entendido bien lo que tienes que hacer mañana?

Y volvió a decirlo.

—Sí.

—Ese pez, suéltalo.

—Sí.

Se puso derecha sobre sus talones, el vestido blanco la siguió, me recordó a la nieve en el Vesubio. A mitad del muelle se volvió, yo seguía mirándola, un saludo con la mano y adiós. Se mezcló con el otro blanco de alrededor, el de las casas bajas.

Con el sedal colgando del dedo reviví la nieve del cincuenta y seis en la ciudad, después la de todos los inviernos sobre el volcán y ahora veo la plata de la nieve con la que me tocaría cargar en las obras del norte, afilando los dientes, con los dedos emmohecidos en torno al mango de la pala, del pico. Los puños estrujados alrededor del mango se quedaban así, ni cerrados ni abiertos. Por la noche, su curvatura rígida sostenía por mero encaje una cuchara, un vaso. La sensibilidad se detenía en la muñeca, más allá eran prolongaciones de cuerda, madera, cuero.

En aquellos años, no era raro que hablara solo. Me dirigía al cuerpo:

—¿Cómo soportas todo esto?

Permanecía sosegado bajo la carga del turno de trabajo, contestaba desde una paciencia desconocida. Yo me daba cuenta de que era un animal antiguo, transmitido hasta mí por los antepasados que lo habían domesticado a base de esfuerzos, peligros, ferocidades, escasez. Con el acta de nacimiento se hereda el inmenso tiempo precedente impreso en el esqueleto.

Al borde del sueño me desprendía del cuerpo, me derrumbaba en el vacío, mientras él se ponía a reparar fibras, a coser heridas, a rastrillar energías para el día siguiente. Era un taller.

He habitado el cuerpo encontrándomelo ya lleno de fantasmas, pesadillas, tarantelas, ogros y princesas. Los reconocía al toparme con ellos en la espesura del tiempo asignado. A la chica no, ella fue una primicia incluso para el cuerpo. Cerca de ella, reaccionaba con ímpetu en las vértebras, hacia arriba en un crecimiento repentino. Me percataba del cuerpo, de su interior, junto a ella: del latido de la sangre a flor de muñeca, del ruido del aire en la nariz, del tráfico de la máquina corazón-pulmones. Junto a su cuerpo exploraba el mío, calado en su interior, zarandeado como el cubo en el pozo.

Hay en el cuerpo nieve que no se derrite en ningún Ferragosto, permanece en el aliento como el mar dentro de una concha vacía. No maldigo esa nieve que me embutía los oídos.

Enrollé el sedal alrededor del corcho, descebé el anzuelo aún con la carnada, que arrojé al mar. Solté el sargo entre las rocas. Las barcas de pesca estaban de vuelta, era

tarde para quedarse mirando. En casa, mamá no había puesto los platos ni cocinado. Sentada en la mesa de la cocina, fumaba y giraba el bolígrafo sobre la hoja, emborrionada de dibujitos.

—¿Es ya la hora de la cena? —dijo, sorprendida por su distracción.

—Mamá, yo estoy de tu lado, lo que tú decidas para mí está bien.

—Oye, hijo, éstos son razonamientos de hombrecito.

Me indicó con la mano que me acercara, me atusó el pelo seco, estropajoso de adarce, verificó los progresos de las heridas.

—Échame una mano en la cocina. Esta noche vamos a preparar espaguetis con ajo, aceite y perejil, que te gustan a ti, y huevos fritos, que me gustan a mí.

Corté todo en trocitos, puse la mesa.

—No le seguiremos hasta allá. Mañana le escribo.

Por la noche salí a dar un paseo por las calles hasta el puerto. Iba atento al estiércol que dejaban a su paso las carrozas, costumbre de quien va descalzo. Los caballos son capaces de hacerlo incluso yendo al trote; para la nariz es amable, es forraje fermentado. La suerte de los herbívoros es la de poder encontrar alimento dondequiera que haya tierra. El más perfecto es la cabra, que desnuda incluso los matorrales espinosos. La cabra, por sí sola, ha dado la vida a los pueblos del Mediterráneo. Y pensar que hay ciudadanos que usan «cabra» como insulto. La cabra ha hecho posible nuestra civilización. Eso me lo decía la chica. Mientras hablaba de animales ponía en su voz una pasión de justicia, presentaba su causa ante los hombres.

Me tropecé con uno de los tres, que iba solo, el menor, el que había llorado en mi cuarto. Me vio y le salió un saludo abochornado, que no le devolví. Pasaba por la calle principal, sonaba un disco que despedía la temporada. No me di cuenta de que me había seguido hasta que se puso a mi lado. Repitió su saludo:

—¿Puedo ir contigo?

No le contesté.

—¿Vas a algún sitio?

Negué con la cabeza. Se puso a contarme. Se había peleado con los otros dos, lo habían dejado de lado, a causa de la muchacha, la llamaba así. Les gustaba a los tres y ella les daba esperanzas a partes iguales. En pocos días se había convertido en su obsesión, se enardecían hablando de ella. Caminaba a mi ritmo, que me salía vivo porque no me gustaba escuchar esas cosas. En el cine, una noche, ella se puso a su lado riendo, bromeando. Los otros dos se enfadaron y tras haberla acompañado a casa discutieron con él. Se ganó un bofetón, le dijeron que ni se les acercara en la playa.

¿Por qué quería contarme aquello? Por desilusión de amistad, por la consternación de verse solo, cosas que deforman el mundo a esa edad. Quería estar de mi lado, pero yo no tenía ninguno, ni una palabra con la que corresponderle.

—Mañana va a pasar algo. Los dos se marchan pasado mañana y también la muchacha se irá dentro de poco. Mañana tendrá que decidir con cuál de los dos pasará la última noche. Esos dos se odian ahora por ella. Mañana va a pasar algo.

A los chicos les gusta formar parte de los acontecimientos, sean pequeños o posiblemente grandes, por sed de experiencias. Yo no reaccionaba ante su desasosiego, se dio cuenta de que estaba solo junto a uno que caminaba con las manos en los bolsillos y la mirada en el suelo. Existen dentro de mí cerrazones insuperables.

—De acuerdo, te dejo que sigas con tu paseo. Yo no te he dicho nada.

Y se volvió bruscamente para alejarse. Proseguí hacia el puerto, yates y veleros bien anclados. Largas pasarelas abrillantadas subían a bordo. La riqueza engalana espacios que luego deja vacíos. Tiene demasiadas posesiones que habitar. Me gustaba aquello, que fueran palacios para ausentes. Me imaginaba fiestas, una música que hacía bailar a gente elegante y a mujeres de hombros desnudos. Las luces de navegación mandaban destellos que los peces confundían con boquerones, y se quedaban con la boca abierta.

Los nombres de las embarcaciones eran principescos, *Diana Marina II*. La diosa de la caza iba por el mar. Mi cráneo farfullaba historias. El puerto de la isla era un índice de capítulos; cada embarcación amarrada, una aventura ya lista. De regreso, pasé por el paseo marítimo y me tocó ver a los otros dos encaminarse a pasos forzados hacia la playa, acomunados pero también separados por los gestos bruscos de la prisa. No se percataron de mí.

En casa, mamá estaba haciendo solitarios, los dos, el de Napoleón y el otro que nunca le salía. Me quedé siguiendo un par de intentos y después le di las buenas noches.

«Mañana va a pasar algo.» No me importaba lo que pudiera sucederles, yo tenía la extraña orden de encerrarme en la caseta a las cuatro en punto. Tendría que acordarme de llevarme el reloj, que nunca utilizaba en verano. Y de llevarme también la revista de pasatiempos, por si había que esperar. No relacionaba mi cita con lo que debía ocurrirles a los demás. Era un niño malcriado por el aislamiento.

«Sin armas, con las manos y los pies desnudos, el primero que grite pierde.» Esta frase, que resonó fría, sigue aún dentro del tímpano. Al escucharla detrás de las paredes de madera de la caseta, me interrumpió por sorpresa. No había oído acercarse

los pasos. No es que estuviera de centinela, todo lo contrario, me había puesto a resolver un crucigrama difícil. Por costumbre me leía en voz baja las definiciones. Había un buen silencio de madera junto a mis cuchicheos de palabras que intentaban inscribir las exactas en las casillas blancas numeradas.

La voz silabeada fuera me confundió. En la penumbra de la caseta me imaginé que era una definición de otro crucigrama de alguien que estaba haciendo lo mismo que yo. Pero no lo estaba haciendo.

Me interrumpí, sentado sobre el suelo de tablones, con la revista abierta sobre mis rodillas. El bolígrafo se apartó de la página. A la frase no siguió nada más. No reconocí la voz, era del norte, pero no era la de ella. Era más adulta, límpida de tensión. Y sin embargo, era ella, con su voz transformada por la ira contenida. Me quedé quieto, me había dicho que no me moviera hasta que no me llamara. No sabía si podía acercarme a las hendiduras de la puerta, a la luz filtrada por los tablones. No sabía si podía seguir con la revista. En ese momento me irrité conmigo mismo por no haber estado atento a las instrucciones. Lo de descuidarlas era algo que me ocurría constantemente. Me quedé con el bolígrafo apartado de la página.

Aquel día había estado distraído. Mamá no había bajado a la playa para escribir la carta a papá. Después había ido a la oficina de correos. Estaba muy tensa por la decisión tomada. La hubiera tomado de todas formas, pero en cierto modo era también mía. Había transgredido mi verdad, que era de sincera distancia entre sus razones y las de papá. Me había puesto de su lado porque la había visto extraviada y despeinada en la cocina por la noche haciendo garabatos. Le había dicho unas palabras de ayuda que para mí no eran verdaderas. Me las había inventado por afecto. En aquel momento, le bastaba incluso lo poco que le daba. Comprendía confundido que lo falso y lo verdadero tienen un valor de uso y no tienen demasiada importancia si sirven para un consuelo. Podía descuidar mi verdad, buena sólo para mí, a cambio de una palabra de provecho.

Le había quitado a papá, sin embargo, su esperanza de reunimos allá y eso me confundía. De haber estado él presente no habría dicho lo que pensaba, ni aunque me lo hubieran pedido. Se las habrían apañado entre ellos con la apuesta de una vida y un lugar mejores. Pero papá no estaba y me tocaba tomar la palabra. Tomarla es el verbo adecuado de su riesgo. La palabra tomada: he conocido una edad que la aferraba con fuerza y no dejaba que se la quitaran. Se ponía de pie sobre las cátedras, interrumpía las clases, las sustituía, cerraba sus filas y silabeaba frases como un tambor. Tomaba la palabra y no la devolvía.

Quiero ir allá: ¿y si hubiera escogido esto? Ella me habría dejado ir como se deja caer

algo de la mano. Habría ensanchado los dedos sin pensárselo. Era hija de la guerra, tenía ya pérdidas apuntadas en el registro. Habría añadido «ausente» junto a mi nombre. Para ella sería el peor de los traidores, dispuesto a desertar de la ciudad, del habla, de la isla, por un allá cualquiera. Lo pensaba y no salía ileso. Por lo menos lo había hecho por impulso, ésa fue mi fórmula atenuante, pese a no dejar de ser culpable de palabras que debía haber callado. Era mi especialidad, el quedarme callado y, en cambio, había transgredido mi mejor depósito. Había intervenido entre ellos dos. Debía de ser ésta la consecuencia del cambio en el cuerpo. Crecer conllevaba un precipicio de efectos desconocidos. Había bastado un centímetro.

Y además las traicionaría de todas formas, más adelante, a la ciudad, a la casa. Saldría una tarde por la puerta cuya llave no tuve nunca. Cerré despacio y bajé los más hondos escalones de mi vida, que no volvería a subir para habitar de nuevo. Recorrí aturdido el camino hacia la estación, en la cabeza me retumbaban los adioses que no había dicho. El funicular, el autobús después, el ferrocarril después y en todo dieciocho años: desertaba de ellos, del tiempo transcurrido me arrancaba como una hierba del muro, dejándolo limpio.

El billete era entonces un rectángulito, poco mayor que un sello, un título de viaje para alguien que no tenía ni título ni desarrollo. En la ventanilla de la derecha, el Vesubio cambiaba de forma orientado hacia el norte. De haber encontrado a alguien que me hubiera dicho: «Vuélvete a casa», me lo hubiera abrazado.

El revisor le hizo un agujero al billete; me arrepiento de haberlo tirado al salir de la estación de la ciudad desconocida. En busca de un lugar para dormir, y así durante un año, salvado por el calor de asambleas incandescentes y de enfrentamientos en las calles, me zambullía en ellos por urgencia. En aquella época nuestras fuerzas de orden público disparaban contra los braceros del sur, y la Alianza Atlántica derribaba en la cercana Grecia una democracia para sustituirla por una dictadura militar. Italia hervía a fuego lento. Recuperé la cólera del niño en las lágrimas exprimidas por los gases lacrimógenos. Pero podía tragármelas, esas lágrimas, junto a los botes humeantes del gas que disparaban contra nosotros. Los recogía ardiendo, con un guante, y los lanzaba contra las tropas. Nos convertíamos en muchos, se reducía la importancia del uno mismo.

Conocí entonces el peso y la amplitud del pronombre nosotros. Era un experto, no excluía a los demás, consternaba a los poderes. Llevó a las cárceles las revueltas y los libros, que no existían allí. Son la más potente contradicción de los barrotes, los libros. Al prisionero tumbado en un catre le abrían de par en par el techo.

Telefoneaba a mi abuela, la de las novelas policíacas, la napolitana:

—Abuela, ¿cómo se hacen los huevos fritos?

A mamá no me atrevía a llamarla, nos intercambiábamos frases severas,

merecedoras de olvido. Y la abuela contestaba rápida y divertida a la llamada interurbana. Así proseguí y fui avanzando a través de ella por teléfono hasta llegar a las berenjenas con parmesano.

Mamá estaba muy asustada de perder a papá con una carta. Se irritó por no estar sola al volver a casa:

—¿Qué haces todavía aquí? ¿Por qué no te has ido a la playa?

Descontenta consigo misma y conmigo, que la había apoyado, quería quedarse sola. Se fue a la cocina a preparar la cafetera, me marché con la red de las rocas y me quedé en el agua hasta que sentí escalofríos. A la hora de comer, regresé a casa, mamá estaba ya sentada a la mesa, se había quitado las preocupaciones y tenía apetito. Había una estupenda ensalada mixta y queso de búfala, que me gustaba mucho. El orégano y la albahaca pugnaban por el predominio en el plato, el olfato era imparcial.

—¿Tampoco hoy has pescado nada? —Y lo apoyó con una sonrisa.

Había sacado bastante, pero todo devuelto al mar. Para animarla, dije:

—Nada, ni siquiera una mísera sardinilla.

De manera que la carta había salido y podía perder a papá. ¿Crecer sin él? Acabaría torcido, intentaría apoyarme contra un muro como una planta trepadora que en caso contrario debe arrastrarse. No lo perdí entonces porque renunció a América. Regresó y no volví a oírle una palabra. Se había arrancado el futuro del pensamiento. La vida en Nápoles fue para él un exilio sin viaje. Lo había encerrado en alguna de las cartas que nos mandó y en un diario que encontré entre sus zapatos, aquel futuro. El papel estaba fresco, la tinta, desvaída; su blanco era más fuerte que el negro que quiere imprimirse. El papel quiere volver a estar vacío, como lo hará la tierra después de nosotros.

A papá lo perdí un alba de noviembre. Vivía conmigo, su cama bajo mi altillo. Esos días yo no iba a la obra, esas noches le estaba encima, no le dejaba en paz. En un alba fui huérfano de él, resopló una última vocal, la «u» de ayuda, que no podía prestarle.

Sobre el empedrado de las calles de las ciudades de Bosnia, las granadas dejaban la cicatriz de una rosa reventada. Desde un alba de noviembre, su muerte tiene el silbido en forma de «u» de una granada por el aire que sigue alcanzando su blanco.

El encuentro con el sueño, donde lloro sin lágrimas. Mi luto por él es una poza de agua marina evaporada. Entre las rocas queda la sal desecada, unos sollozos en seco.

Ahora vuelvo a toparme con las mismas lágrimas de hace cincuenta años. Vuelven a los ojos después de haber viajado y formado parte de la instalación de

goteo de los ojos del mundo. He vuelto al lugar de origen y las lloro desde el principio. Me basta la ventana que arde en la chimenea, hecha añicos por décadas de intemperie. La abrieron y la cerraron manos a las que ya no puedo llegar. Pero las veo, venas, tendones, forma de las uñas, moverse por el aire de las habitaciones haciendo sus tareas.

Vuelven cogidas del brazo, las lágrimas, de dos en dos, se asoman por el borde y se zambullen desde las pestañas sobre los pantalones, mientras apoyo la frente sobre las manos vacías. Son las mismas lágrimas de niño, de impotencia antigua. No tienen nada que pedir y cesan por sí solas.

En casa, en cuanto vuelva a la ciudad, pensaba, me haré con una fotografía suya. Tenía una vieja Ferrania, hacía falta una luz muy potente para impresionar la película. Debía rebuscar entre los negativos. Seguí divagando, junto a aquel día que se encaminaba en zigzag hacia la cita. Otras veces he sabido que los días pesados tienen una andadura que va dando bandazos, días que nada quieren saber de concluir. Después de comer, me quedé en la cama y sudé entre sueños. Me despertó la llegada del camión cisterna para llenar el depósito seco. Mamá insistió para que me lavara, en su opinión, olía mal.

—Pero si me paso horas enteras en remojo...

—En la playa no hueles mal, en casa sí.

Me gustaba el olor del cuerpo que absorbía la sal y la mezclaba con el resto de los sabores dispersos por el aire. Formaba parte del olor del mundo, no se quedaba aislado dentro de la burbuja de jabón. Divagaba, junto a aquel día, antes de meterme en una caseta de madera, por la tarde a las cuatro. La nuestra era la última de la playa, lindante con una duna de agaves y de chumberas, un recinto de espinas. Me quedé en la quietud escribiendo palabras entrecruzadas; no usaba lápiz, demasiado fácil borrar y corregir. El error debía permanecer, por lo tanto escribía con bolígrafo en busca del recorrido neto. Si fallaba, empezaba con otro esquema. Admitía conmigo mismo la facilidad del fallo. Estaba a mitad de un crucigrama cuando la voz fue un interruptor. «Sin armas, con las manos y los pies desnudos, el primero que grite pierde.» Allí fuera empezaba una escena muda, aunque con el ruido de cuando se sacuden las alfombras. Transgredí la consigna de no moverme, me acerqué a la luz estrecha y alargada de la puerta.

Dos, aquellos dos, se estaban enfrentando. Sudados, con la cara colorada bajo la prensa del sol, se buscaban los puntos débiles, el hígado, la cara. Uno era grueso, con la cara oculta en la grasa; el otro, más alto y por ello más ligero, debía evitar el cuerpo a cuerpo manteniéndolo a distancia con patadas y extendiendo los brazos.

Resoplaban roncros, babeando, entraban y salían del margen de mi hendidura. El más grueso intentaba agarrar al otro por el cuello, que lo esquivaba, pero al final no consiguió zafarse, el más grueso se abrazó a sus caderas, bloqueándole un brazo también y levantándolo en vilo. Comprimido hasta perder el aliento, con la mano libre buscaba los ojos del otro para que soltara la presa, pero éste hundía la cara y la barbilla en el esternón del otro y apretaba con más fuerza. La mano que forcejeaba consiguió al fin enganchar la nariz del otro y hacerle el suficiente daño como para detenerlo. Pero incluso con el dolor que le obligaba a gruñir para no gritar, el más grueso, antes de soltarlo, se dejó caer con todo su peso contra el otro, caído en el suelo, aplastándolo antes de rodar.

En el silencio del aire detenido, el choque sonó como un toque de tambor. Cayeron sobre la arena y sobre la pasarela de madera, apareció la primera sangre. Al verse sueltos, se levantaron de inmediato e hicieron el mismo gesto de coger arena en un puño y lanzársela a la cara al otro. Se dieron la vuelta para esquivarla. Debían de haber establecido con anterioridad un cuadrado en el que batirse porque apenas salían de mi restringido campo y volvían a entrar de inmediato.

Al más alto le salió por velocidad el primer puñetazo en la cara. El más grueso se llevó las manos a la boca, el otro lo aprovechó para soltarle una patada en la tripa. Eran dos enemigos, no ya sólo rivales. El más grueso reaccionó como un jabalí, cargando con la cabeza gacha para aferrarlo de nuevo. Recibió una patada pero alcanzó su presa. Debido al impulso cayó encima del otro y se lo encontró debajo. Se puso a soltar puñetazos con todas sus fuerzas aunque al tuntún. El de debajo se defendía, pero sin dejar de recibir golpes potentes. Evitó con una torsión un trompazo que era un martillo, el más grueso perdió el equilibrio y el otro salió de debajo. De nuevo en pie, sudaban y escupían saliva, sangre y arena.

Llegaron nuevos golpes envenenados de odio pero exhaustos. Al final, se cogieron del pelo y en un último abrazo llegaron a morderse, gritando de dolor los dos a la vez. Se separaron vencidos por los golpes y por el agotamiento. Acurrucados en la arena, intentaban retener el grito que les había salido y que quería seguir hallando desahogo.

—Habéis perdido.

La voz fría de ella brotó de lado, desde un ángulo ciego para mí. Oí que llamaban a la caseta y fui invitado a salir. Estaba segura de que yo me hallaba dentro, más segura que yo, que no sabía dónde estaba ni por qué debía estar allí. Cualquier lugar era mejor que aquel trastero desde donde había asistido a la inutilidad del odio y de la sangre.

—Ya puedes salir.

Era una orden que no podía desobedecerse. Levanté el pestillo y fue ella la que

empujó la puerta. La luz en la cara hizo que levantara el brazo como defensa. Ella me aferró el codo haciéndome avanzar por la pasarela. Los dos estaban encogidos en el suelo, incapaces siquiera de mirar.

—Ha ganado él —dijo señalándome a mí. Aferró mi cara entre sus manos y quiso besarme en la boca. Me aparté por instinto, de modo que me besó media nariz aún roja e hinchada, reavivándome el dolor.

—No —dijo ella—, estate quieto.

Y me besó a la fuerza en la boca, durante tanto tiempo que me obligó a respirar por la nariz. Se apartó de mis labios con un chasquido.

Me había quedado inmóvil mirándola.

—Pero ¿tú no cierras los ojos cuando besas? Los peces no cierran los ojos.

Los dos, tendidos sobre la arena, recobraban el aliento entre quejas. Ella me cogió de la mano y me arrastró. Caminamos, yo sudaba en su palma, daba bandazos con sus pasos, es difícil andar al lado de una mujer, aún hoy no consigo adaptarme a su ritmo. Llegamos a una playita, entre las rocas se veía al sur otra isla extendida. Se ceñía sobre nosotros la sombra de una higuera.

—Por estas tierras se dice que cuando el fruto está listo, debe tener el cuello de un ahorcado, las vestiduras desgarradas y una lágrima de mujer de la vida.

—¿Y por qué de mujer de la vida? —preguntó.

—No lo sé, parece que sus lágrimas son más densas, de dolor quizá.

—En todo caso, el higo no es un fruto, sino una flor.

¿Y por qué se venden entonces en la frutería y no en la floristería? Pensé esa estupidez pero no la dije. Le ofrecí uno, lo peló, yo me lo comí entero, hasta con el cuello. Me observó divertida. Yo la miraba.

—Cierra de una vez esos ojos de pez.

No podía. Claro, los párpados pestañeaban, pero no por voluntad mía. Quería grabarme su cara en la retina. Igual que con la Ferrania de papá, me hacía falta mucha luz.

—¿Lo has visto todo?

—Sigo viendo aún.

—No, digo antes, ¿lo has visto todo? Debías asistir.

Hacía falta un testigo para esa justicia suya, sin el cual resultaría incompleta. Me había involucrado por arrastre, obligándome a llevar un peso. No lo quería e intenté quitárselo a ella también.

—Se hacían daño por odio entre ellos, no por ti.

—Entonces no has visto nada. Se pegaban por mí, como debía ocurrir para hacer justicia. Los golpes que te habían herido tenían que herirlos a ellos mismos. Así iguala la justicia.

No me cuadraban esas cuentas tuyas, el cuerpo herido al principio era uno, el mío, y ahora se convertía en tres. No igualaba, mejor dicho, desigualaba aún más esa justicia. Cohibido ante sus certezas, salí con una pregunta secundaria.

—¿Por qué has dicho al principio que nadie debía gritar?

—¿Es que no lo entiendes? Si gritaban, podía venir alguien a separarlos.

—¿Y si gritaba uno solo y se rendía?

—Todo ha salido como debía salir.

Ahora sé que una justicia nueva, atenta al caso singular y que inventa a medida la sentencia, arranca de la misericordia por el ofendido. Por eso consigue ser despiadada. La misericordia es implacable y no se deja reprimir. Es, al principio, esencial en la formación de un carácter revolucionario.

Eso era en lo que podía haberse convertido esa chica en la época de crecimiento, una militante del siglo de las revoluciones. Y en ese caso, seguro que me he cruzado con ella, porque, en mi vida, he conocido esa especie humana. Y, ella me habrá entrevisto y enfocado entre miles al aire libre en una concentración, sin reconocermela. A aquellas manifestaciones nuestras acudíamos con los ojos y los puños cerrados. En aquel verano, yo no veía ninguna justicia en el dolor añadido de aquellos dos. Podía admitirlo, porque el dolor existe, pero no podía aproximarlo a una justicia. No reparaba nada. Puede ser verdad para los demás, útil para una comunidad y para su sistema de contrapesos a los agravios, pero para mí era inservible. Las heridas se curaban solas, la justicia era para ellas el cuerpo que las cicatrizaba. No tenía palabras ni ímpetu para oponerme a las tuyas. Ella era en aquella hora la voluntad personificada. Resulta natural que sea un vocablo femenino, como agua, atmósfera, justicia y que sea la sangre uno masculino en italiano. Había meditado y ejecutado después la sentencia. Me la enseñaba en su evidencia, no buscaba consenso ni gratitud.

Lo cierto es que no la sentía, aunque amor sí. Llamo así a los indicios de una palabra que se iba formando: sus manos que habían mantenido quieta mi cara para el público beso y mi obediencia, el efecto de curación rápida de las heridas, el descubrimiento emotivo de la belleza. Comprendía hacia atrás lo que sucedía dentro de los libros, cuando alguien se da cuenta de lo especial de otra persona y concentra en ella la exclusividad de su atención. Comprendía la insistencia en aislarse, en apartarse los dos para hablar ininterrumpidamente. Nada tenía que ver para mí el deseo, aquel amor cerraba la infancia pero no removía aún ningún músculo de los abrazos. Centelleaba dentro, me visitaba el vacío y me lo iluminaba.

Nos quedamos hasta la hora de las sombras. Antes de la despedida es costumbre intercambiarse direcciones, promesas de escribirse. Nos dijimos nosotros no.

—No nos arrastraremos tras una promesa para traicionarla. Sabemos

perfectamente que no volveremos a vernos. Y si ocurre, seremos diferentes y no nos reconoceremos. Cambiarás de forma y de voz, los ojos de pez no, quizá te reconozca por ellos. Ahora vámonos a casa. Después pasaremos juntos la última noche.

—¿Te marchas mañana?

—Sí.

Hoy sé que aquel amor cachorro contenía todos los adioses siguientes. Ninguna se detendría, yo no conocería las bodas, nada de codo con codo ante un tercero que pregunta: «¿Quieres tú?». El amor sería una parada breve entre los aislamientos. Hoy pienso en un tiempo final en común con una mujer, con la que coincidir como lo hacen las rimas, al término de la palabra.

De regreso a casa, había un fuerte olor a tomate cocido. Había empezado el aprovisionamiento de conservas, las cocinas se habían dado cita. Era el olor que acompañaba el regreso a tierra firme a finales de septiembre.

Aquel día yo había visto lo contrario, el despilfarro del rojo de la sangre de otros. No había salido de la caseta para detenerlo. Debía haberme desesperado por aquellos golpes y había asistido inerte, en cambio, hasta su agotamiento.

Después de dejarla se me subió a la cabeza la vergüenza, *lo scuorno*, que no es el sonrojo en la cara sino un pájaro carpintero que excava su nido en el árbol viejo. Había fallado. No había sido quien exijo ser. Me exijo a mí mismo y me consterno al encontrarme escaso. Antes de entonces admitía mi impotencia de niño, que se desahogaba en lágrimas, pero después de los golpes recibidos, después de las heridas, la había superado, entregándome a los cambios violentos. Y en la primera prueba de comportamiento como persona nueva, ni siquiera había reconocido la ocasión. Seguía siendo verdadera la definición de mi abuela materna, decía que iba armado de piedra pómez y hierro de tejer, «*preta pòmlice e fierro 'e cazetta*». Era mi dotación, armado de una piedra sin peso y de un hierro que se doblaba enseguida. Me lo repetía volviendo a casa. El napolitano sabe azotar. En ningún otro idioma siento la úlcera de un insulto. Quien me lanza uno en italiano es como el que tira una piedra a la sombra en vez de al cuerpo.

Tras la sorpresa de poder nombrar la palabra amor, venía la experiencia física de la vergüenza, una presa potente sobre los nervios. Hoy sé que es un sentimiento político porque impulsa a la respuesta para quitársela de la cara. La vergüenza de haber dejado correr la sangre de aquellos dos sin un gesto mío para detenerla. Ya no era un niño y a cambio era aproximadamente nada.

Lo poco de un verano de hace cincuenta años, encuadrado por la longitud focal de la distancia, se agranda. No sólo desde la cima de una montaña, también al microscopio

se divisan horizontes.

En casa, mamá me contó que se había encontrado con un señor, un noble de algún linaje, que la había saludado. Pretendía besarle la mano, pero ella, desacostumbrada a la ceremonia, extendió simplemente la suya para estrechársela de forma normal. Él le coge los dedos y se los gira para el beso. Ella, sorprendida, hace un gesto instintivo de defensa e intenta retirar la mano. El se la aprieta y la atrae, ella la retira, él la retiene. En pocos instantes se produce una pequeña pugna muda, hasta que ella se da cuenta de la intención galante y deja de resistirse, justo cuando el otro acerca con decisión a sus labios los dedos de mamá. De modo que en vez de un besamanos, el noble recibe un sopapo en la boca con la mano de mamá. Después, confuso y aturdido, vuelve a ponerse en la cabeza una gorra de capitán de marina y se aleja. Ella recorre el camino hasta casa entre carcajadas.

Mientras cenábamos, le pregunté si se había avergonzado de algo durante la guerra.

—*Scuorno*? ¿De qué? La guerra me robó la mejor edad. A la guerra sí que le debe dar *scuorno*. —Lo pensó un poco—. Sí, de un chico, andaba detrás de mí, yo tenía diecisiete años. Había bastantes revoloteando a mi alrededor, yo era guapa, libre. Sí, la guerra permitía una extraña libertad. Los adultos estaban ocupados con asuntos serios, estaban menos encima de sus hijos. Los bombardeos aéreos nos volvían iguales e incluso útiles. Aquel chico me cortejaba. Era el cuarenta y dos, le tocó partir de marinero. Me pidió una cita el día anterior, no sé por qué no acudí, distraída por otras cosas. Me escribió una carta. Su nave fue hundida. Sentí vergüenza por aquello y la sigo sintiendo, visto que me acuerdo. Maldita sea, ¿por qué me lo recuerdas?

—Lo siento, yo pensaba en ciertas vergüenzas más pequeñas.

No le iba a contar la mía.

—Tú procura más bien no avergonzarte dentro de poco en el examen de recuperación.

Se me habían ido de la cabeza las matemáticas. Con el profesorcillo había estado practicando los ejercicios, aquella asignatura se había convertido en una variante de la enigmística. Exigía alcanzar una solución al final de una secuencia de pasajes en cuesta. Igual que sucede en las escaladas, hay un último paso que te lleva a lo alto.

—¿Así que te sabes bien las matemáticas?

—Me las sé.

Por la ventana abierta entró la música de alguien que estaba tocando.

—¿Te gustaría aprender a tocar la guitarra? ¿A leer la música?

Hoy subo al noble escenario de madera de un teatro, de una plaza, a contar historias y también a cantarlas pellizcando con los dedos las seis cuerdas. Hace medio

siglo la guitarra entró en mi vida por una ventana abierta y por la voz de mamá. En aquel momento, se decidió la relación entre la música y yo. Dije: «No», y ya no se me perdonó. No paso de rascatripas, y aunque me invente una música, no la sé escribir ni leer. O me la grabo en la mente o bien, y es justo que así sea, la pierdo. Los dedos van a las cuerdas con yemas encaminadas a usos más toscos. En la guitarra apoyo más la voz que las manos. Dije no a su propuesta para no añadir nuevos estudios y quitarme tiempo para leer y estar con las historias. Ella no se desanimó, volviendo otras veces sobre la ventaja de hacerse compañía con una guitarra. A la edad de trece o catorce años me puse sobre las rodillas las hermosas caderas de madera del instrumento.

Aún lo tengo, ahorcado de un clavo en la habitación. La descuelgo de allí algunas noches de tormenta entre los árboles y fragor sobre el tejado. Opongo al jazz de fuera unas cuantas melodías napolitanas. Estoy agradecido a ella, que me convenció para echarle mano. Me he hecho buena compañía con sus cuerdas. Las canciones que aprendí de mamá forzaron mi voz cerrada. Me las llevo de paseo sobre un escenario, la luz en la cara que tiene el efecto contrario, de quedarme ante una oscuridad, y a aquella oscuridad me dirijo, a un rincón donde está ella, que me enseñó cada sílaba y que me pidió hasta los últimos días que le cantara algo. En toda habitación y en toda sala, cuando canto en napolitano, está ella que escucha. Los ausentes tienen necesidad de una voz que los llame sacándolos de la ausencia y los obligue a estar ahí nuevamente, al menos lo que dura una canción. Mamá de cenizas amontonadas en el campo, nuestras noches de marzo, la jeringuilla lista para extraer la espina del dolor, la habitación de paso donde a la vida le costaba acabar y los dedos no querían soltarse. Mamá que me vuelve huérfano de viejo. Me posaba su mano tibia y exhausta sobre la frente y así volvía a respirar tranquilo. Antes del alba abría la ventana para dejar entrar el aire desnudo que no había visto la luz y que se ensartaba ágil en los pulmones. Mamá, en los últimos días, tenía el perfil de un pájaro en vuelo.

—¿Te gustaría aprender a tocar la guitarra? ¿A leer la música?

—No. —Mi no imbécil.

Preguntaba por la guerra porque soy del 1900, nacido en la mitad, y hubiera querido serlo más, nacer antes para formar más parte de él y para morir en su seno, acaso el 31 de diciembre del noventa y nueve. Cuando se me detuvo el corazón en el hospital, ofreciéndome la experiencia de la muerte, pensé en el alivio de morir antes que ella.

Quien ha tenido hijos ha visto crecer el tiempo sobre ellos. Yo lo he podido seguir en los árboles plantados, en la sombra de las copas que se extiende por la tierra. Las pérdidas de los míos, de los dos, que acabaron en mis brazos, no he podido equilibrarlas con el nacimiento de hijos, observando de reojo cosida en las criaturas nuevas una prolongación de los dos. Las vidas de los míos, de los dos, están en la

prisión de los ausentes y no pasa día sin que espere fuera.

Preguntaba por la guerra para medir la distancia entre aquella época y la mía, pero no había medida posible. Crecí con la luz eléctrica, nada puedo saber de cuando un niño de Nápoles se dedicaba a recoger la cera que colaba de los cirios en la iglesia, para revenderla. Existen distancias que pueden decirse y no contarse.

—Enjuágate el pelo, no salgas esta noche con el matorral en la cabeza. Ven aquí, espera.

Me hizo inclinarme sobre la palangana, me vertió una jarra de agua en la cabeza, me lo restregó y después, aún húmedo, me lo peinó.

—Me estoy acostumbrando a tu nariz descerrajada, te da un aire crecido.

Cuando se terminaba el agua en el grifo, quedaba un fondo en la cisterna del patio. Tras levantar la tapa, dejaba caer el cubo de hierro atado con una cuerda del asa. Bajaba zarandeándose contra los bordes y campaneaba. Al fondo, se inclinaba para llenarse, lo sacaba a fuerza de tirones de brazos hacia lo alto. El cubo cargado goteaba en el vacío, un ruido de tacones en una iglesia. Lo vertía en la palangana de mamá. Después de lavarse, usaba el agua para limpiar el suelo con un trapo. Había poca y la acompañábamos hasta su último uso. La que servía para cocer la pasta acababa en la taza del váter, no valía, salada, para la tierra.

Me resultaba cómoda aquella escasez, metía cierta premura en nuestras tareas. La apliqué de nuevo en la construcción de la casa entre los campos, recogiendo el agua de lluvia en los fosos, usándola para amasar el mortero. Era invierno y aún no había pozo ni luz eléctrica.

En septiembre, la primera lluvia sobre la isla se recibía con recipientes al aire libre. Era alegre el ruido de las gotas dentro de las palanganas, los cubos, las ollas y las sartenes. El agua de lluvia después de tanto seco era una tarantela desatada entre los patios. Mamá recogió en un cubo el enjuague de mis cabellos. Me encaminé afuera. La cabeza mojada ponía frescor en mis sienes.

La cita era en el muelle, ella ya estaba allí, bajo un farol cargado de mariposas de la luz.

Se alejó de ellas, vino a mi encuentro y me dijo divertida:

—¿Te has acicalado por mí? Muy lisonjeada, monseñer.

—Ésta es mi primera cita, damisela.

Nos encaminamos a la playa de los pescadores, despejada por la noche. Las barcas en seco alineadas ofrecían un apoyo para la espalda y entre ellas toda la quietud que hacía falta. Nos sentamos en la arena muy cerca, hombro con hombro, no nos entraban ganas de hablar. Algunas voces salían de las habitaciones de los

pescadores. Del mar no, que hacía cosquillas a la orilla.

—¿Te gusta el amor? —preguntó mirando muy fija hacia delante, donde se levantaba la alzada de una barca coloreada de blanco y con una franja azul.

—Antes de este verano lo leía en los libros y no entendía por qué los adultos se acaloraban tanto. Ahora lo sé, provoca cambios y a las personas les gusta que las cambien. No sé si me gusta, pero ahora lo tengo y antes no.

—¿Lo tienes?

—Sí, me he dado cuenta de que lo tengo. Empezó con la mano, la primera vez que me la mantuviste sujeta. Mantener es mi verbo preferido.

—Qué cosas más graciosas dices. ¿Estás enamorado de mí?

—¿Se dice así? Empezó por la mano, que se enamoró de la tuya. Después se enamoraron las heridas que se pusieron a curarse a toda prisa, la tarde que viniste a verme y me tocaste. Cuando saliste de la habitación, me sentía mejor, me levanté de la cama y al día siguiente estaba en la playa.

—Entonces ¿te gusta el amor?

—Es peligroso. Provoca heridas y después, a causa de la justicia, más heridas. No es una serenata en el balcón, se parece a una marejada de ábrego, revuelve el mar por encima y por debajo lo remueve. No sé si me gusta.

—El beso que te di, ¿eso te gustó por lo menos?

—Ése no me lo diste a mí, se lo restregaste en la cara a los dos que estaban por los suelos.

Sentados al lado con poca luz, las palabras subían ágiles, como burbujitas.

—¿Eso quiere decir que tengo que darte uno todo tuyo?

Se volvió hacia mí. Por instinto, quise girarme del lado opuesto, pero una fuerza imprevista me giró la cabeza y el cuello hacia su lado. Se detuvo la cháchara que me había salido con facilidad mientras no la miraba. Era tan hermosa de cerca, con los labios ligeramente abiertos. Me conmueven los de una mujer, desnudos cuando se aproximan para besar, se desvisten de todo, de las palabras hacia abajo.

—Cierra esos benditos ojos de pez.

—Es que no puedo. Si tú vieras lo que veo yo, no podrías cerrarlos.

—¿De dónde te salen tantos cumplidos, pequeño jovencuelo?

—¿Qué cumplidos? Digo lo que veo.

—Ahora ya está bien.

Me pasó los dedos sobre los ojos y después, con esos mismos dedos, bajó por los lados de la nariz, pasando por la boca, hasta la barbilla. Y después posó sus labios sobre la boca medio abierta por la maravilla.

—Maravilla —dije cuando se separó, haciéndolo muy despacio.

—Éste era tuyo. Te lo pregunto otra vez, ¿te gusta el amor?

—Bueno, si es esto, sí.

Pensé que entendería todos los libros a partir de aquel momento.

Se añadieron otros, más besos entre las barcas. Después de cada uno, me daba cuenta de estar creciendo, más que de las heridas. Ya no me pedía que cerrara los ojos. Yo veía sus párpados bajar y cerrarse después en el momento preciso del contacto de los labios. Me pasó también los dedos por el pelo, me estudiaba la cara, le asomaba una sonrisa y después, de nuevo, otro beso. Las manos se volvían caricias.

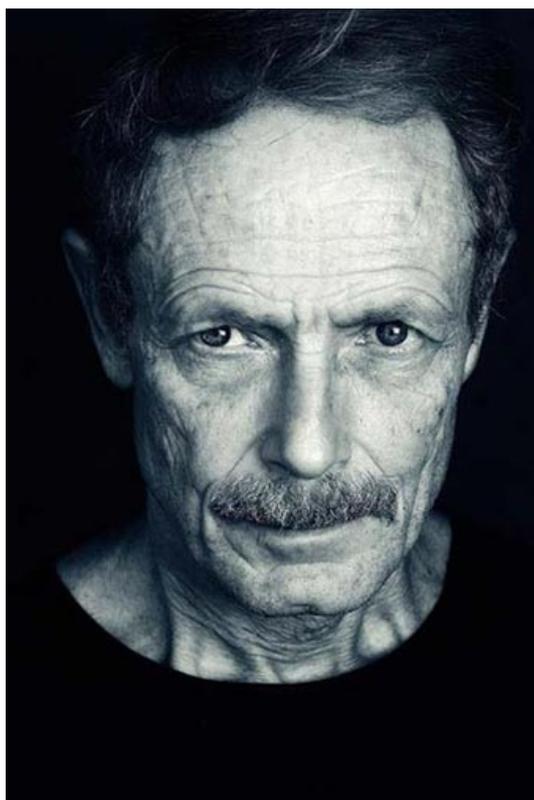
Permanecimos sentados uno al lado del otro, con las rodillas levantadas. Los besos empujaban desde los talones clavados en la arena. Se encaramaban por las vértebras hasta los huesos del cráneo, hasta los dientes. Todavía hoy sé que son la más alta meta alcanzada por los cuerpos. Desde allí arriba, desde la cima de los besos, puede uno descender después a los gestos convulsos del amor.

Me deslizo desde hace mucho tiempo sobre las escrituras sagradas sin arranque de fe. En la lectura paladeo el alfabeto antiguo, mi conocimiento tiene lugar en la boca. El hebreo antiguo gira como un bocado entre lengua, saliva, dientes y velo del paladar. Abierto a todo despertar, es un resto de maná, adquiere el gusto deseado en cada momento, como le ocurre a los besos.

La primera pareja humana, creada en un jardín el sexto día, tuvo por encima de ella la primera noche inconmensurable. Sin saberlo ellos, despuntó en sus cuerpos el apetito, la sed, el entusiasmo y el sueño. La primera noche, desconocida, les pareció a ellos el resto del día primero, desmigajado en puntitos de luz. No sabían si regresaría el sol, de modo que se abrazaron. Las bocas se vieron juntas e inventaron el beso, el primer fruto del conocimiento. Era mercurio, aquel conocimiento, un líquido sensible a la temperatura de los cuerpos. Sé de esa primera vez porque tuve yo también aquella hora en la boca, en un instante idéntico al de ellos, sobre una arena de playa, con el cielo descubierta sobre la cabeza.

La habitación entre las barcas se vio aclarada por la luna que asomaba por la proa de enfrente. Nos separamos, con los labios entumecidos. El camino hacia las casas fue a ciegas, perdiéndolo uno al lado del otro. En un cruce nos separamos, soltándonos las manos sin necesidad de más despedidas. Eva y su esposo, saliendo del jardín, habían vivido ya todo el bien del mundo. La vida añadida más tarde, lejos de aquel lugar, no fue más que una divagación.

Ahora y aquí cuadra bien la palabra fin, pariente de infinito y hermana menor de confín cerrado.



ERRI DE LUCA. Nació en Nápoles en 1950. Tras desempeñar varios oficios en Italia, Francia y el continente africano, inició la carrera diplomática, que sin embargo, abandonó. Criado en el regazo ideológico de la izquierda militante, a los dieciocho años participó en el movimiento del 68, y fue dirigente del movimiento Lotta Continua, una de las organizaciones revolucionarias más importantes de los años setenta. Empezó a publicar casi por casualidad, cuando ya había superado la treintena, colaborando en periódicos como el rotativo napolitano *Il Mattino*, tanto en temas políticos como en alpinismo, disciplina de la que es aficionado. Ha publicado *Aquí no, ahora no* (1989), *Tú, mío* (1998), *Tres caballos* (1999), *En el nombre de la madre* (2007), *Montedidio* (2002), *El peso de la mariposa* (2005), o *El día antes de la felicidad* (2009). Conocedor del hebreo y el yiddish, que aprendió de forma autodidacta, en los últimos años De Luca ha traducido al italiano el Éxodo, el Eclesiastés y los libros de Ruth y Jonás. Considerado uno de los autores italianos más importantes de todos los tiempos, sus libros han sido traducidos a veintitrés idiomas y ha sido galardonado con varios premios entre los que destacan el Femina Étranger en Francia o el premio Petrarca en Alemania.

Notas

[1] «Señora, llévela a cantar, que así se desahoga». (N. del T.) <<

[2] Todos a casa es una película, rodada en 1960 por Luigi Comencini, en la que se narra el caótico y dramático regreso a sus hogares de los soldados italianos tras el armisticio del 8 de septiembre de 1943, cuando, tras la destitución de Mussolini, Italia se rindió a los aliados y las tropas alemanas ocuparon militarmente el país. (N. del T.) <<